RELATOS en la PANDEMIA

TALLER DE RELATO BREVE

KONTAKETA LABURREKO TAILERRA

KULTUR LEIOA

2019 -2020

Leioa

UDALA-AYUNTAMIENTO

www.leioa.eu

TALLER DE RELATO BREVE

Taller de escritura creativa coordinado
por Mónica Crespo

KONTAKIZUN LABURRARI BURUZKO TAILERRA

Sorkuntza-idazketako tailerra, Mónica Crespok koordinatua

KULTUR LEIOA

Curso 2019-2020 *urtea*

ÍNDICE/AURKIBIDEA

PRÓLOGO/HITZAURREA: ¿REALIDAD O DISTOPÍA?
Mónica Crespo ***6***

RELATOS ***9***

DICES TÚ PANDEMIA
Eva Rivas *9*

LA DUDA
Itziar Elexpuru *13*

MASCARILLAS
Miguel Parra *18*

LA COLADA (en cuarentena)
María Jesús Sánchez Tellaetxe *22*

EL MILAGRO QUE NO OCURRIÓ
Juan Iturbe *24*

VACUNAS
Josu Santa Cruz Cenitagoya ***26***

CARROÑEROS
Fernando Aguirre Madariaga *30*

CON "M" DE MUERTO
Pedro A. Jiménez *35*

KENMA
Natalia Bustos *41*

El 37.852
María José Bebia ***44***

UNA NOCHE EN TIEMPOS DE CONFINAMIENTO
Laura Iglesias Arrojo ***47***

UN VIAJE SENTIMENTAL
Elvira Alonso Lasen *49*

EL CENTRO DEL UNIVERSO
Juan Iturbe *53*

DONDE SE ESCONDEN LOS CHIVATOS
María José Bebia *56*

LEVANTÓN
Ricardo Egiguren *58*

DESBORDADA
Javier Abad Presa *62*

UN DOS TRES
Borja Rodríguez *66*

2060
Feli Cruz *68*

MIRADA DESDE LA VENTANA
Isabel Bilbao Ortíz De Guinea *71*

MICRORRELATOS ***74***

CRUZAR EL MAR ROJO
Elvira Alonso Lasen *74*

EL TATUAJE QUE NO ME HICE
Juan Iturbe *74*

LA MOSCA
Isabel Bilbao Ortíz De Guinea *75*

LA SEQUIA UNIVERSAL
Ricardo Egiguren *75*

NOCHE DE VERANO
Itziar Elexpuru *76*

BELLÍSIMA
Laura Iglesias Arrojo *76*

EL BESO
Ricardo Egiguren *77*

AL OTRO LADO
Eva Rivas *77*

AMOR A LA LITERATURA
Laura Iglesias Arrojo *77*

SIEMPRE HAY UNA EXCUSA PARA SALIR A BEBER
María José Bebia *78*

RUPTURA
Josu Santa Cruz Cenitagoya *78*

MADRUGADA
Miguel Parra *79*

EL PARQUE DE LOS CALLADOS
José Manuel Rodríguez *79*

LITERATURA
Isabel Basurto *79*

UN ACUERDO
Eva Rivas *80*

NOCHE DE VERANO
Miguel Parra *80*

EN EL LAGO
Ricardo Egiguren *80*

NACIMIENTO
Isabel Bilbao Ortíz De Guinea *81*

DESPEDIDA
Josu Santa Cruz Cenitagoya *81*

LA FÁBRICA
Itziar Elexpuru *82*

FIN DEL ÚLTIMO ACTO
Feli Cruz *82*

VARIACIONES SOBRE HEMINGWAY ***83***

SE VENDE **83**
Mari José Bebia **84**
Laura Iglesias Arrojo *84*
Itziar Elexpuru *84*
Elvira Alonso Lasen *84*
Pedro A. Jiménez *85*

DICCIONARIOS EN LA PANDEMIA ***86***

DICCIONARIO IMAGINARIO DEL CONFINAMIENTO
Josu Santa Cruz *87*

DICCIONARIO DE LA CUARENTENA
María Jesús Sánchez Tellaeche *90*

DICCIONARIO COLECTIVO DE LA PANDEMIA de la A la Z **92**

PRÓLOGO/HITZAURREA:

¿REALIDAD O DISTOPÍA?

Mónica Crespo

En el Taller de Relato Breve se escriben historias de género policíaco al estilo de Agatha Christie o Henning Mankell; otras beben del minimalismo de Carver; tenemos relatos de aventuras y *bildungsroman;* relatos de humor al más puro estilo del ingenio inglés de Julian Barnes o Thomas Sharpe; se recrean pasajes bíblicos, que podrían haber sido escritos por los *Monty Python*, y, también, se escriben relatos distópicos.

Pero nunca hubiéramos pensado que llegaríamos a protagonizar una de estas distopías. Parece que el género se ha agotado por una realidad que lo ha superado. Antes de la pandemia, leíamos historias y veíamos películas con escenarios reconocibles, pero tan lejanos, que nos dejábamos seducir por esa fascinación de lo terrible e improbable. Pero en estos últimos meses, la realidad se nos volvió distópica de repente. La vida parecía una película trepidante minuto a minuto, con palabras como *estado de alarma*, *cuarentena*, *confinamiento*…Y nos reconocíamos a duras penas, embozados tras mascarillas, como si todos fuéramos enemigos o cirujanos en potencia.

¿Quién iba decir que estaríamos confinados en nuestras casas sin poder salir libremente? ¿O que iban a fallecer tantas personas en el mundo por un virus similar al de la gripe? Ha sido inevitable reflejar estas vivencias en los relatos de este curso, en el que realidad y ficción parecieron fundirse de forma extraña e inesperada.

Todo nos recordaba a las novelas de ficción apocalípticas, como *La carretera* de Cormac McCarthy, *El cuento de la criada* de Margaret Atwood o los relatos de la genial Ursula K. Le Guin. Comparábamos estas historias que proyectan hipótesis de una realidad distópica y amenazadora con las noticias del telediario, para ver si las claves de la ficción nos ofrecían una guía para comprender nuestro presente.

¿Qué lugar ocupa la literatura cuando la vida tal y como la conocemos se queda en un paréntesis? Ya hubo antes epidemias que asolaron la humanidad, como la peste bubónica, la gripe española, la viruela, o el SIDA, también mortal durante décadas. Y obras literarias que las contaron, como

El Decamerón de Boccaccio, en el que diez jóvenes se aíslan en una villa a las afueras de Florencia huyendo de la peste, y se entretienen contando historias para sobrevivir al tedio y al miedo. También, *La Peste* de Camus, que es otro tipo de peste, más contemporánea y existencial.

En este sentido, me atrevo a decir que todas las personas que escribimos pensábamos que esta experiencia nos ofrecería mucho material para escribir. Pero es necesario digerir la realidad para poder contarla, tomar perspectiva antes de convertirla en ficción, porque cuando asistes en vivo y en directo a la escena, no puedes salir para contarla...

Así lo describe la narradora del relato "Dices tú pandemia", con el que comienza esta antología. Otros relatos, como "Donde se esconden los chivatos", nos traslada a un día cualquiera, a un momento breve, un *tranche de vie*, revelador. También encontramos relatos escritos con la técnica del extrañamiento, como "El centro del universo" o "Una noche en tiempos de confinamiento"; y con el humor, que siempre desactiva la realidad y la pone en evidencia, del relato "Mascarillas"; o con la imaginación transformadora de "Mirada desde la ventana".

Otros relatos nada tienen que ver con la pandemia ni con los virus. Son historias que revelan una verdad que se desearía no haber descubierto, como en "La duda", que transcurre en el entorno gélido y blanco de Noruega, o en el relato "Desbordada", en el que un incidente doméstico lleva a una pareja a cuestionar su relación.

Hemos dedicado un apartado al microrrelato, un género tan breve como exigente, que se sirve de la elipsis para contar una historia en pocas palabras. En esta exigencia concentramos la energía durante los primeros días de confinamiento, para contar mucho con poco, en un momento en el que nos faltaban las palabras. Y aquí está el resultado de nuestro empeño.

Entre los autores que han cultivado este género, el más conocido es Monterroso por su famoso *dinosaurio*. Hemingway ganó un concurso literario con un microrrelato titulado "Se vende", mucho menos conocido, y al que hemos rendido un pequeño homenaje en *Variaciones sobre Hemingway*.

En esta antología hemos incluido junto a nuestros textos, algunos grafitis que aparecieron en las calles de Bangkok, Brasilia, Londres, Nueva York, Barcelona y Nueva Delhi. Ciudades conectadas por la globalización y por el virus, pero, también, por el arte de sus imágenes.

El lenguaje, que es un organismo vivo, sensible y cambiante, ha producido, a su vez, nuevas palabras en estos meses. Términos como

“desescalada” ya son cotidianos, ahora todos sabemos qué es un “pangolín”, y otras expresiones han adquirido nuevos significados —“pasear al perro” o “bajar la basura” nunca tuvo tantos voluntarios en las familias—, por lo que hemos elaborado un “Diccionario colectivo de la pandemia de la A a la Z”, y te animamos a ampliarlo con nuevas palabras.

Te invitamos a leer estos relatos. Esta es nuestra pequeña aventura.

Mónica Crespo Doval
Profesora del Taller de Relato Breve
Aula de Cultura de Leioa/Kultur Leioa
Curso 2019-20

RELATOS

DICES TÚ PANDEMIA

Eva Rivas

La última semana de marzo le planté cara a mi jefe y le dije que no quería volver más a la oficina. Tenía miedo. Así de simple. El día trece se había decretado la alerta sanitaria en todo el país. La primera medida para seguir produciendo había sido la implantación del teletrabajo en aquellos puestos en los que se podía. Mi marido fue uno de ellos. Se plantaba delante del ordenador a las ocho de la mañana, y doce horas después allí seguía, con una parada de una hora para comer. Yo había seguido acudiendo a la oficina con un salvoconducto que me había preparado mi jefe por si me paraba la Ertzaintza. Una semana después decidieron que ya solo trabajarían los sectores esenciales y ahí llegó mi ultimátum.

Lo primero que se acabó fue el gel hidroalcohólico, las mascarillas, los guantes y el papel higiénico; esto último es algo que sigo sin entender. Para una hipocondríaca como yo, el Covid-19 suponía un asedio continuo. Nada quedaba exento de la amenaza del virus.

Como dijeron que con un lavado concienzudo con agua y jabón era suficiente para eliminarlo, entré en una espiral de limpieza compulsiva. Mi madre que, entre sus múltiples habilidades, era costurera había cogido los retales de sus telas más recias y había hecho mascarillas para ella, para mi padre y para las dependientas de las tiendas del barrio a las que acudía a diario. Como viven en otra población no podía ir a visitarlos.

La televisión estaba puesta a todas horas en nuestra casa y en todos los canales se actualizaba día a día el número de nuevos contagios y fallecidos. No se hablaba de otra cosa. En medio de una película de repente irrumpía la

imagen del presidente del gobierno o de Fernando Simón, el epidemiólogo director del Centro de Coordinación de Alertas y Emergencias Sanitarias, que llegó a hacerse un personaje muy popular. Por las redes sociales los bulos corrían como la pólvora. Tuvimos un exceso de información que causó pánico en muchos de nosotros.

Si ha habido un colectivo en primera línea en la batalla contra la pandemia ha sido el sanitario. No quiero imaginar lo que tiene que ser acudir día tras día a tu puesto de trabajo donde sabes con toda certeza que la muerte te espera rondando durante toda tu jornada. Al mismo tiempo la solidaridad irrumpió en forma de aplausos de agradecimiento a las ocho de la tarde en las ventanas y balcones. Los primeros días te sentías un poco ridícula aplaudiendo al vacío, pero cuando desde la oscuridad de tu ventana te llegaban los ecos apagados de otros aplausos una llama de esperanza en la humanidad se encendía.

Cuando nuestra empresa entró en ERTE y pude quedarme en casa llegó un periodo de aparente seguridad propiciado por el aislamiento en casa. Nos adaptamos a aquella forma limitada de vivir y adquirimos nuevas rutinas.

Mi hija, como el resto de estudiantes, no podía ir al instituto y los profesores le daban algunas clases online y le mandaban toneladas de deberes en un intento desesperado por cumplir con el programa de estudios. A través de la tecnología se mantenía en contacto con sus compañeros a diario y lo llevó mejor de lo que esperaba. A pesar de mantener una rutina de ejercicio a todas luces insuficiente para una deportista como ella, tenía un remanente de energía que se traducía en ansiedad y continuos asaltos a la despensa. Como no teníamos perro salíamos lo imprescindible. Compraba pan para cuatro días y lo congelaba.

Mi otra hija estaba estudiando en el extranjero y estaba en Holanda cuando se desató la pandemia. Ella veía las noticias que le llegaban de España y del País Vasco y pensó que corría menos riesgo quedándose allí. Cuando vimos que la cosa se alargaba y le rogamos que volviera a casa, las fronteras se cerraron y ningún avión volaba a Euskadi. Nos costó dos meses de vuelos cancelados y llamadas a las embajadas y consulados traerla de vuelta.

La incertidumbre ha sido la dominante de este periodo. Tres meses después de declarar la pandemia seguíamos en estado de alerta sanitaria,

aunque parecía que ya la teníamos controlada. Entonces se habló de una crisis económica más grande que la última y el nuevo temor era a perder el trabajo. No sabíamos si mantendríamos nuestros empleos, cuándo y cómo volveríamos. Cuándo podríamos volver a movernos con libertad por el mundo.

A mí me vino bien parar, la verdad. Llevaba un año de mucho estrés y necesitaba descansar, pero después de las primeras semanas me sentí un poco a la deriva. Ya había visto todas las películas que tenía pendientes, había hecho limpieza general y cocinado bizcochos, quichés, empanadillas y croquetas. No tenía horarios de levantarme ni de acostarme. No trabajaba, pero tampoco estaba de vacaciones. Tenía a mi disposición todo el tiempo del mundo, pero sentía que no lo aprovechaba. El primer día que no fui a la oficina hice un montón de planes con mi hija que no llevamos a cabo.

Cuando por fin me pude concentrar en la lectura fue una gran tabla de salvación. Fue el momento en el que acepté que se puede vivir con menos, que me complicaba la vida en exceso y que había que simplificar. Devoraba libros en un ansia por encontrar una revelación.

Sin embargo, no he sido capaz de escribir hasta hoy que he sabido que el lunes próximo me reincorporo a mi trabajo y volveré a correr y volverá a faltarme el tiempo. Me incorporaré a la *nueva normalidad* como han dado en llamarla. Me resulta paradójico que hasta que no se me ha acabado este tiempo *anormal* no he podido escribir sobre él, y que la ficción no tenga cabida en mi discurso cuando lo que más deseo es escapar a playas de arena blanca y grandes palmeras, aunque sea con la imaginación, el único medio disponible en estos días en que la amenaza del rebrote de la pandemia planea sobre nuestras cabezas.

LA DUDA

Itziar Elexpuru

La bolsa de deporte azul de Elba seguía en la entrada. La podía ver desde el salón, sentado en el sofá frente a la pantalla en blanco del ordenador, hipnotizado por el parpadeo del cursor. Hacía dos semanas que el chico que se encarga del correo y la paquetería en la editorial donde trabajaba Elba, la había traído con sus objetos personales. «Le acompaño en el sentimiento, señor» me dijo, y me entregó la bolsa.

Hoy es el primer día que no ha sonado el teléfono por la mañana, casi siempre es mi hija Erika que piensa que me viene bien tener ocupaciones y con la excusa de que el pequeño Hugo está con mocos, o toses, o que ha pasado mala noche, desembarca con el niño en casa. No me quejo, el niño es un encanto, tiene seis meses y sonríe al verme, ajeno a mis penas.

Desde mi jubilación anticipada en el banco, Elba siempre me animó a intentar escribir, sí, pero ¿de qué? Preguntaba yo. De lo que te pasa, de lo que imaginas al ver a alguien por la calle o sentado en un banco, cuando escuchas una conversación en un café, en el metro, hay muchas cosas que pueden dar pie a un relato, ¡déjate llevar!, todavía me parece estar oyéndola. Ahora es mi hija la que también piensa que puede ser terapéutico. Durante los últimos meses de Elba en casa pidió que le trajeran textos para corregir, compartimos su trabajo, yo leía en alto cuando ella se cansaba, a veces hasta se quedaba adormilada con los calmantes, cada vez más fuertes. Ella pensaba que yo podría ser un buen escritor si me lo proponía. No quiero decepcionarla, sé que tenía buen ojo para descubrir nuevos talentos, pero yo no encuentro esa frase mágica que dé rienda suelta a mi imaginación, que me ayude a dar salida al dolor o al amor, en algunos momentos tan cerca el uno del otro. Ahora es la nada quien me desvela en la oscuridad de la noche y sueño despierto su risa, el olor de su pelo, su forma en la cama. Éramos una pareja de éxito. Elba, más creativa; y yo, más pegado al suelo, siempre liberales y confiados. Una pareja perfecta.

Me levanto del sofá, cojo la bolsa azul y empiezo a poner sus cosas sobre la mesa. La ropa de deporte todavía huele a suavizante. En un lateral sus deportivas, que dejo en la alfombra. Un par de portarretratos de Erika:

el día de su graduación y con el bebé en brazos. La felicidad familiar enmarcada y expuesta en su mesa de trabajo, no era necesario, pero Elba decía que así nos sentía más cerca. Una agenda-diario, con citas pasadas y otras que ya no llegarán. Directorios de teléfonos y correos electrónicos con tarjetas intercaladas entre sus páginas. Una mano de bronce sujetando un libro, premio de la crítica independiente. Un sobre con fotografías de viajes de trabajo, celebraciones, presentaciones de libros… Allí estaban sus compañeros sonriendo a la cámara, conozco a algunos, de otros ni siquiera sé su nombre, siempre mantuvimos separados nuestros espacios laborales, aunque yo solía asistir a la cena de fin de año que organizaba la editorial en el Grand Hotel cerca del Palacio Real. En una de las fotografías aparece Elba bailando con un hombre alto, moreno, con barba, no lo conozco, pero sí a una de las mujeres que baila a su lado, es Aina, amiga de Elba desde el instituto, y más tarde, cuando se casó con Klaus, fuimos inseparables las dos parejas. Ellos no tuvieron hijos, así que Erika fue una niña doblemente mimada.

Sigo barajando las fotografías al azar, quiero distraerme, pero no puedo, un punto de inquietud se ha quedado en mi interior, como una luz de alarma que se ha encendido y no me deja cambiar la imagen que se ha quedado fija en mi retina, ¿qué estoy buscando? Aquí están otra vez los dos brindando sonrientes, Elba está radiante con una dulce sonrisa rosa en su tez blanca. En otra aparecen ambos en la misma mesa redonda, el tipo moreno de la barba la mira sentado frente a ella, mientras ella posa con el director de la editorial a su lado. Se acabó, recojo todo precipitadamente en el sobre y lo guardo en un cajón que cierro de golpe con una desagradable sensación de desasosiego.

Hoy viene a comer Erika, me lavo la cara y las manos y compongo en el espejo mi mejor sonrisa, no quiero que empiece a hacerme preguntas, si me encuentra abatido en el sofá. La lluvia golpea los cristales, me asomo a la ventana, la gente en la calle va deprisa con los cuellos levantados y sujetando gorros y paraguas. Esta ciudad es fría y oscura. Pongo la radio y empiezo a preparar la comida.

Erika llega con prisa y mojada, no para de hablar mientras entra en el baño y sale frotándose el pelo corto con una toalla. Se le ha dado la vuelta el paraguas.

—Un día horrible, ¡qué bien se está en casa! ¡Qué bien huele! Tengo hambre —dice levantando la tapa de la cazuela—. ¡*Spaghetti arrabbiata*! Eres un sol, papá, ¡me encantan!

Quiere venir a la tarde con el niño para hacerme compañía, le digo que no, que voy a salir, se extraña.

—He quedado con Aina para tomar un café en el Kystens —añado justificando mi salida, y así se queda más tranquila.

Aina y Klaus son de la familia, unos tíos para Erika con los que ha disfrutado vacaciones y fines de semana en la casita que tienen en el fiordo sur. La casa tiene grandes ventanales y una pequeña y única habitación abuhardillada arriba con vistas al cielo donde dormía Erika y según decía era el mejor sitio para soñar. Cuando se marcha, saco las fotografías del cajón y las repaso una vez más antes de guardarlas en el bolsillo interior de mi gabardina.

El Kystens está tranquilo a primera hora de la tarde, me siento al fondo, lejos de la puerta, pero frente a ella, enseguida veo a Aina que entra, levanto la mano, aunque sé que ya me ha visto.

—Me ha alegrado mucho tu llamada, ¿cómo estás? —me pregunta quitándose el abrigo y la bufanda y sentándose a mi lado. Nos abrazamos.

—Bien, Aina, bien, ¿qué quieres tomar?

—Café con leche, gracias —dice dirigiéndose al camarero que se ha acercado.

—Te he llamado porque tengo unas fotografías que quiero que me ayudes a entender.

—¡Ah, sí! Esta es del premio de la prensa —sonríe mirando la fotografía— hubo baile después de la cena.

—¿Quién es el que baila con Elba? —mi pregunta demasiado directa hace que se borre la sonrisa de su cara.

—Es uno de los finalistas, te acordarás de la novela *Los ojos del lince* —dice, sin quitar la vista de la fotografía.

—¿Algo más? —insisto.

—No, no ganó el premio, pero a pesar de todo su libro fue de los más vendidos, ya sabes, el boca a boca. Además, por entonces, los thrillers nórdicos del estilo de *Wallander*, con bellos paisajes velados, se pusieron de moda.

—¿Amigo de Elba? —no dejo de mirarla mientras ella sigue con la vista fija en la fotografía y se sonroja ligeramente.

—Conocido —dice por fin—. Hace calor aquí al entrar de la calle —levanta la mano llamando al camarero y pide un vaso de agua.

Le enseño otra fotografía donde aparecen los tres sonrientes en la entrada del Odeón Cinema, en el estreno de *Pathfinder*, película de aventuras basada en una antigua leyenda sami y rodada en lenguaje original.

—Coincidimos con él en el cine. Se repartieron muchas invitaciones en el mundillo de las letras por la peculiaridad de la lengua. Se llama Kurt, está casado y tiene dos niños gemelos que participaron en el concurso de cuentos que organizó la Editorial esas Navidades en el Glass City Mall, ¿te acuerdas?

—Aina —la interrumpo— ¿te imaginas lo que estoy pensando? ¿Las cosas que me vienen a la cabeza?

—Por favor, Alan, debes calmarte, estás muy afectado, hace poco más de un mes que te has quedado solo, y parece que te quieres hacer daño.

—Sí, tienes razón, pero llevo días que no paro de darle vueltas. Necesito saber.

—¿Qué quieres saber? Eran amigos, pero Elba siempre estuvo enamorada de ti. De eso no tengo ninguna duda —dice mirándome fijamente a los ojos.

—Me gustaría hablar con él, preguntarle, quiero saber la verdad —insisto.

—No me parece buena idea, Alan. Además, ¿qué le vas a decir? ¿Lo que te imaginas? ¿Lo que sospechas? No ves que no tiene sentido. ¿Qué esperas que te confirme? ¿Si se acostaron alguna vez? ¿Cuántas veces? —se calla.

El escuchar esas preguntas en boca de Aina, me violenta, siento vergüenza y temor a la vez. Me levanto incómodo, apuro el Aquavit, y salimos al frío húmedo de la calle. Necesito respirar.

—Klaus y yo queremos que pases el fin de semana con nosotros en el fiordo. Hay máxima posibilidad de auroras. Cocinaremos, beberemos y charlaremos bien abrigados esperando que el cielo nos regale una noche boreal.

—Está bien, ya hablaremos.

Aina se ofrece a llevarme en su coche, pero yo prefiero caminar un rato, nos despedimos con un abrazo hasta el fin de semana.

—El viernes te llamará Klaus para concretar hora –añade agitando la mano, ya en el coche.

Me sumerjo en la neblina gris de última hora de la tarde, hundo las manos en los bolsillos de la gabardina, me ajusto el sombrero de agua y camino anónimo por un paseo de farolas tenues que conducen al puerto. La sirena del último ferry que acaba de zarpar entristece la noche.

MASCARILLAS

Miguel Parra

I
Estriptis integral

Se anunciaba como *El estriptis más erótico jamás visto*. A la hora anunciada, la sala aparece medio vacía, aunque la ocupación es la máxima que el aforo actual impone por razones sanitarias.

La luz ambiental se amortigua y comienza a sonar la música, mientras el haz de luz de un foco hace aparecer, en el centro del escenario, a una bailarina vestida con gasas multicolores. La danza comienza con movimientos lentos, acompasados con la exótica música de la chirimía. Al poco, la mujer deja caer uno de los velos y continúa su danza aumentando progresivamente su ritmo. El carrusel muestra y oculta por instantes la carne; aparecen fugazmente glúteos, muslos, y pechos de un cuerpo cada vez más visible a medida que caen los velos. Se palpa la tensión expectante de los asistentes: uno se seca el sudor del cuello; otro se frota los ojos; todos se remueven en sus asientos, pero mantienen la vista fija en la mujer que evoluciona en el escenario. Con la caída del último velo queda a la vista el pubis, pero la música no se detiene y continúa su frenético crescendo hasta que, en el paroxismo de su danza, la bailarina se detiene bruscamente en una pose provocadora y se arranca la mascarilla, mostrando una sonrisa exultante que produce la conmoción definitiva de los espectadores.

II
Efectos colaterales

Carmen tiene unos ojos particularmente bonitos y un cuerpo precioso, pero su nariz, excesivamente aguileña, rebaja su calificación en el baremo de la belleza al nivel de “del montón”. Aunque es simpática y graciosa por naturaleza, su complejo le hace comportarse con timidez en su relación con los chicos y en particular, con Alberto, uno detrás del cual andan todas las chicas del barrio y que, a ella le atrae, pero ante el cual siempre trata de pasar desapercibida sin atreverse a dirigirle la palabra.

Una luminosa mañana de este último mayo, Carmen se dirigía a una entrevista de trabajo, vestida para la ocasión con sencilla elegancia, cuando se encontró con Alberto y parapetada en su mascarilla, se atrevió a hablarle:

—¡Hola, Alberto! Hace tiempo que no nos vemos.

—¡Hola Carmen! ¡Qué guapa estás! Sí que hace tiempo que no nos vemos: demasiado. ¿Cuándo tendrás un momento para tomar algo conmigo?

—Cuando quieras. Mira, ahora tengo una cita para un trabajo, pero, luego, podemos quedar si quieres...

III
Medidas de protección

Por fin, habían abierto la piscina. Después de tres meses, estaba obsesionado con hacerme unos largos en la olímpica del pueblo, de manera que el primer día de apertura, estaba yo el primero en la puerta con todo el equipo. El conserje me pidió que le mostrara mi carnet para no tocarlo y, antes de dejarme pasar, me leyó la cartilla:

—Debe usted mantener la distancia de seguridad durante toda su estancia en las instalaciones; debe lavarse las manos con gel hidroalcohólico, debe, debe, debe…

Desconecté por aburrimiento hasta que algo llamó mi atención:

—Debe llevar mascarilla cuando esté fuera del vaso.

—¿Cómo que debo llevar mascarilla cuando esté fuera del vaso? ¿Para que se me quede el morro blanco? Eso es una tontería.

—Lo que usted quiera, pero si no lleva puesta la mascarilla, no entra.

—Pero ¿Cómo voy a poder tomar el sol con la mascarilla, los guantes, las chancletas desinfectadas, la…

—No. No es necesario llevar esas cosas, sólo la mascarilla.

—¿Seguro?

—Sí. Seguro.

—De acuerdo.

Me puse la mascarilla y pasé al vestuario. Me quité la ropa, la guardé en la taquilla —y con la mascarilla puesta—, salí a la zona de baño en pelotas.

FAKE

LA COLADA (en cuarentena)

María Jesús Sánchez Tellaetxe

Es un necio quien se mete con la ciencia
y la técnica. Pero también lo es quien se mete con las humanidades.
L. García Montero

Los lunes la cesta de la ropa sucia está llena, las prendas arrebujadas se comprimen con el último empujón de unos brazos que no logran meter las toallas, no entran, y la cesta se transforma en un grueso cilindro piramidal. Casi arrastrando, esos mismos brazos se la llevan a la cocina y la dejan en la esquina, entre el fregadero y la pared, allí está la automática. La caja transformadora, máquina cúbica con ventana al exterior, de ojo de buey, como la de los cruceros, también será bañada por agua en su travesía, pero la mojadura será por dentro. Al abrirse el ojo de buey el cubo dejará ver el hueco circular, el receptáculo metálico, brillante, con agujereadas paredes-coladoras de jugos limpiadores, blanqueadores y suavizantes.

Líquidos de alquimia que, cumpliendo las órdenes pautadas por un algoritmo, partiendo del contenedor rectangular embutido en la parte alta, se irán vertiendo en el cubo receptor. El algoritmo de fórmula matemática introducido en el cerebro de esa caja blanca con ojo de buey ha sido ideado por otro cerebro más evolucionado y se ha materializado en un motor que, colocado en el interior de la caja limpiadora por unas manos diestras, tendrá que ser activado por un alguien a modo casi de autómata para poner en práctica su fórmula.

El momento de la conjunción casi cósmica de la matemática, el ingeniero y el mecánico se producirá en el instante en que un dedo apriete el botón, salte la chispa y dé comienzo la acción limpiadora-transformadora.

Antes de la silente explosión, el protagonista humano irá cogiendo las prendas y notando su textura: rasposa la felpa, suave el algodón, fría el poliéster, y la cálida lana. Distinguirá el olor caliente del sudor en las camisas, el del pescado rancio en las bragas, el de leche agriada en los

calzoncillos, en el delantal a aceite quemada, y el olor avinagrado de restos de alimentos que despiden los trapos de cocina dejará su aroma por ser los últimos en ocupar el acogedor tambor. El humano con una acción de autómata lo cerrará y apretará un botón para dar comienzo a la metamorfosis textil.

La máquina, con los saberes en acción y la chispa encendida, comenzará su andadura limpiadora, purificadora, despolarizadora. Juntas y revueltas, las huellas humanas del placer, del alimento y su excremento se irán diluyendo. Para que la transformación sea completa la ropa tendrá que pasar por un torbellino tan intenso en su movimiento rotatorio que pasará de empapada a mojada y, si el torbellino ha tenido la fuerza de un tornado, la dejará húmeda y desvanecida.

La ropa volverá a lucir limpia como la conciencia después de la confesión, pero también como ella necesitará del aire, del ambiente, para secarse o purificarse y volver a retomar sus medidas y funciones: vestir, tapar, proteger el cuerpo o el alma. Ambas el mismo elixir, el aire o el ambiente que pondrán a cada una en su justa medida.

La acción de magia o de ciencia, ha concluido. En ésta como en todas las acciones humanas la naturaleza, el aire, es el elemento indispensable para vivir y desarrollarse los humanos y lo humano y… hacer la colada es cosa de humanos. ¡Humm! ¡Pero qué limpia ha dejado la ropa la lavadora!

EL MILAGRO QUE NO OCURRIÓ

Juan Iturbe

Jesús, acompañado de Juan, Pedro y María Magdalena, entre otros, llegó a Samaria para predicar la cercana llegada del reino de Dios. Llegaron a una aldea, pero la vieron vacía. Se percataron de que todos los habitantes se encontraban en el cementerio y allí se dirigieron.

Estaban a punto de enterrar un cuerpo envuelto en un modesto sudario. Viéndolo, Jesús se adelantó y dijo: «En verdad veo que el muerto debió de gozar de una gran estima entre vosotros, para que todos sin excepción le acompañéis en su último viaje. Por ello, sabed que no está muerto, sino que ya se despierta, vuestra fe lo ha devuelto a la vida». Nada más dijo esas palabras, el cuerpo se liberó de sus mortajas y se levantó. La multitud lanzó un grito de asombro y se echó hacia atrás, incrédula, conteniendo el aliento.

El resucitado miró receloso a su alrededor y, percatándose de entre quienes se encontraba, echó a correr hacia las lejanas colinas. Al verlo huir sano y salvo, los aldeanos se mesaron los cabellos entre llantos y muestras de dolor, mientras clamaban al cielo por la injusticia que se cebaba con ellos. Jesús esperaba una reacción de alegría, semejante a la que habían tenido otros milagros suyos. Al no ser así, preguntó al más anciano: «¿Qué acabo de presenciar? ¿No teníais fe en Dios?». Este le respondió: «Claro que tenemos fe. Le habíamos rogado día tras día durante meses que hiciese desaparecer a ese hombre, que es un cruel bandido que asolaba nuestras tierras al mando de una banda de forajidos. Dios finalmente atendió nuestras súplicas e hizo que se cayera del asno, partiéndose la cabeza, después de asaltar una vez más nuestras casas. Y ahora tú lo resucitas para que vuelva a atormentarnos ¿Qué pecado hemos cometido? Explícanoslo para que podamos enmendarnos y seguir rezando a Dios».

Jesús se quedó atónito, pero fue solo un momento pues enseguida habló con firmeza: «No debéis dudar de la voluntad de Dios. Escuchad mis palabras, que son las Suyas. Os contaré una parábola». Los aldeanos se miraron entre sí, confusos pues no conocían el poder iluminador de las

parábolas de Jesús. Los discípulos se sentaron delante de él y lo mismo hicieron los aldeanos.

Así habló Jesús: «Una muchedumbre caminaba por un valle estrecho. En él había un bosque oscuro y de aspecto amenazador que debían atravesar. Cada uno llevaba una vela para iluminar el camino. Sin embargo, aunque encendieron todas, solo unas pocas iluminaban con claridad el camino verdadero. Los que tenían las velas correctas no se perdieron y llegaron a su destino, felices y dichosos. Sin embargo, aquellos que siguieron los falsos caminos que les mostraban sus mentirosas velas, acabaron perdidos y desdichados para toda la eternidad». El más anciano se levantó y preguntó: «Y eso ¿cómo nos ayuda ante la venganza del bandido que habéis resucitado?». Jesús respondió: «Yo os digo, aquellos que tienen fe en el verdadero Dios, no acabarán perdidos, pues la fe es la vela que nos ilumina en todo momento». El silencio se hizo entre ellos. El más anciano volvió a hablar: «Pero nosotros ya teníamos fe en el verdadero Dios. ¿O es que predicas que debemos creer en otro?».

Jesús vio que no habían entendido sus palabras. Un murmullo de enfado crecía entre los aldeanos y se oían palabras furiosas contra él. Jesús y sus discípulos intentaron hacerse oír de nuevo, pero fue en vano. Una piedra cayó a los pies de Jesús. Una segunda piedra le dio en la túnica. Jesús no esperó más, dio media vuelta y corrió, seguido por los discípulos y de una lluvia de piedras, alejándose de la aldea y la ira de sus habitantes.

Cuando estuvieron lejos, Juan, con el espíritu aún perplejo por lo que acababan de vivir, se acercó a Jesús. «Maestro, nosotros tampoco hemos entendido el propósito de tu milagro ni la enseñanza de tu parábola». Jesús le miró con cariño y le respondió: «Lo mismo que no toda semilla cae en suelo fértil y germina, no todos los que escuchan la palabra de Dios y son testigos de sus milagros logran la iluminación. Hay que seguir con fe, y pedir a Dios que perdone a los que son incapaces de alcanzar la sabiduría, porque no saben lo que hacen. ¿Lo entiendes?».

Juan le miró con los ojos muy abiertos durante un momento y asintió tenuemente, con una ligera sonrisa aflorando en su rostro. Jesús se alegró con él y, pasándole un brazo por los hombros, le dijo: «Pero, para evitar que las almas más simples lo malinterpreten, lo mejor será que este milagro no se escriba jamás, ¿no crees?». Y así se hizo.

VACUNAS

Josu Santa Cruz Cenitagoya

Escucho en la tele medio dormido hablar sobre la crisis sanitaria y oigo unas palabras del experto de turno: —Con la vacuna haremos frente al virus y podremos superar la pandemia.

Las palabras retumban en mi oído, taladran mi cerebro y llegan al lugar de los recuerdos. En mi duermevela van apareciendo historias, todas agradables, sobre las vacunas en distintas etapas de mi vida.

De niño en el colegio, el día que nos vacunaban era un día muy especial.

—Os van a dar una vacuna que os protegerá de enfermedades terribles—nos decía el cura Don Ignacio —aunque puede que algunos tengáis alguna reacción y quién sabe si tendréis que guardar cama.

Todo un día sin clases, aparcando los libros, sin regañinas de los curas, ni exámenes y soñando en quien tendría la suerte de que la vacuna le diera unos felices días de descanso. Ese día se rompía la monotonía y la única disciplina era mantener las filas con cierto orden hasta llegar, primero donde la enfermera, que pinchaba nuestros brazos a la altura del hombro, y luego donde el médico, que observaba que todo transcurriera según el plan de vacunación. Se veía el comportamiento de cada uno ante las batas blancas, los pinchazos y la reacción de temor a ser vacunado. Era importante mantener la jerarquía en la clase y estar en el grupo de los más aguerrido en algo muy diferente a nuestra rutina diaria de jugar con la pelota y pelearnos sin descanso.

Luego durante los años de juventud recuerdo que, en nuestras duchas colectivas, buscábamos la marca de las vacunas en los brazos de los compañeros y recordábamos con nostalgia nuestras experiencias colegiales. También, que cuando conocía algún nuevo cuerpo femenino, mientras recorría en la intimidad la anatomía de su cuerpo, me demoraba algunos instantes viendo si en sus brazos había algún rastro de las vacunas.

Unos años después, en cada uno de los viajes a países lejanos, volvió mi interés por las vacunas. Los compañeros más precavidos aceptaban felices el tener un buen plan de vacunación como antídoto a las enfermedades endémicas de la zona. Y luego estábamos otro grupo, el que pedíamos al

viaje un nivel de adrenalina mayor. Jugábamos con el riesgo y cualquier razón era buena para viajar sin vacunarse.

—Apenas estaremos unos días en la selva —decíamos convencidos— iremos protegidos por cremas, conseguiremos mosquiteras y no llegarán a picarnos.

—Además –decía algún otro— a la altura en la que estaremos no tendremos mosquitos.

Así fueron pasando los viajes, la suerte nos acompañó y no fuimos víctimas de ninguna enfermedad tropical. Creo que, en esos años, estábamos inmunizados ante cualquier riesgo. Luego con los años la presión fue aumentando, tener un buen pasaporte de vacunación facilitaba el pase de fronteras y fuimos aceptando tomarlas.

Siempre asocié las vacunas como algo lejano, más propio del tercer mundo. Recuerdo cuando conocí a mi amiga Rosa, la cara de sorpresa que puse cuando me explicó que trabajaba de epidemióloga, y supe que era una reputada profesional en ese campo. Me costó entender, cómo una chica tan espabilada había elegido una especialidad tan rara. Luego en cada uno de nuestros encuentros seguí con mucha admiración sus trabajos para las ONG en países remotos. Y siempre me comentaba la importancia de trabajar y encontrar las dichosas vacunas.

Oigo el despertador, y aún con los recuerdos presentes, recuerdo que debo acudir a una importante reunión. Tengo algunos ahorros y Patxi, uno de mis amigos, de profesión bróker, me va a proponer un negocio redondo. Invertir en alguna empresa de biotecnología y poder duplicar mis ahorros en pocos años. No soy nada codicioso, pero creo que el trato de los bancos con sus clientes se mueve muy cerca de una estafa financiera, así que he decidido cambiar el interés cero que ofrecen por nuestro dinero, por una inversión de riesgo.

Llego algo inquieto a la reunión con Patxi, y tras los prolegómenos entre dos amigos, entramos en materia. Después de una amplia exposición sobre las rentabilidades de invertir en biotecnología, escucho su tentadora oferta:

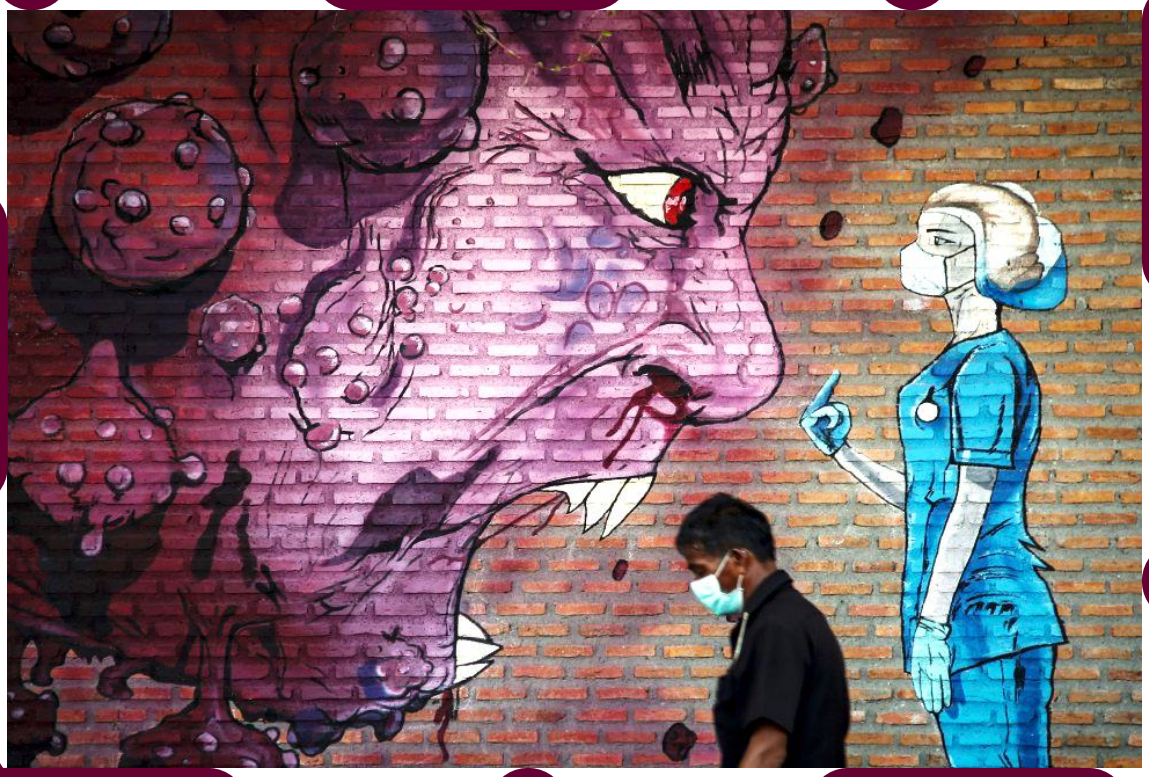
—Luis, gracias a esta nueva vacuna que van a desarrollar nos podemos forrar —y continúa— tu dinero se va a duplicar en dos o tres años, no lo dudes. Es cierto que tiene algo de riesgo, pero también podemos hacer un pleno y montarnos en el dólar.

Su mensaje me impacta, como un misil que da en el blanco y una cascada de sensaciones me desestabiliza más de lo que pensaba, y nos sumergimos en una conversación sobre inversiones de riesgo. En unos instantes vuelven a mi memoria los recuerdos de mi relación con las vacunas: mi infancia feliz en el colegio, mis viajes de riesgo en la juventud, mi relación con mi admirada Rosa…

Pero, de pronto toda la niebla se despeja y encuentro la salida del túnel. Pienso que, si acepto la oferta, durante los próximos dos años la única noticia que va a interesarme va ser si la dichosa vacuna es la ganadora en la desenfrenada carrera en la que se encuentran. Y con aplomo, le contesto con total convencimiento:

—Gracias, Patxi, por acordarte de mí, pero la dosis de vacunas en mi vida ya está cubierta.

Desde ese momento supe, que no apostar por esa vacuna, iba a mejorar mi salud en los próximos años.



CARROÑEROS

Fernando Aguirre Madariaga

María

Aquel tipo sujetaba la navaja con fuerza sobre mi pecho. La mano le temblaba de forma aparatosa, y eso me inquietaba, porque ya había empezado a rasgar la tela de mi camisa, y sentía el metal sobre la piel. Apenas si entendía lo que decía. Largaba frases que no terminaba, y se le aturullaban las palabras. Pero no había que ser muy espabilada, para saber que lo que quería era desplumarme, y eso no se lo iba a permitir. No iba a consentir que un colgado, me quitara lo que con tanto esfuerzo había obtenido aquella noche. Ocultaba su cara bajo la capucha de la sudadera, por lo que no conseguía vérsela. Algo en él me resultaba familiar. Pero con aquella maldita lluvia que no paraba, no podía distinguir bien de quien se trataba. Me estaba empapando, y sentía mucho frio. Probablemente era el miedo a morir en aquel mugriento callejón, y a manos de semejante *pringao*.

El Jony

Eran ya cerca de las tres de la madrugada, y pensaba que iba a ser otra noche con cifra cero. Desde que salí de la trena, hacía ya más de dos meses, no daba pie con bolo. Los picoletos me encalomaron un marrón que no era mío, y tuve que admitirlo para no cagarla más, y encima los colegas se habían abierto, porque se creyeron que me fui de la mui. Así que andaba callejeando sin saber muy bien qué hacer, ni donde conseguir un poco de guita para un pico. Por eso, cuando la vi acercarse por el callejón, sola, y sin nadie a la vista, caminando pegada a las paredes, intentando que la lluvia no le mojara, sentí que la suerte volvía a estar de mi parte. Había que intentarlo. Me apalanqué en el hueco del portal más oscuro de la calle, donde la única farola que queda sin reventar, no alumbra un carajo. Aquella zona ya había sido

productiva otras veces, y el escondrijo era magnífico, porque la puerta no cerraba y era fácil emboscarse en él. Oí sus pasos. Se acercaba. Ya estaba allí. Esperé hasta que estuvo a mi alcance. Tranquilo, colega, o te va a volver la tembladera. ¡Puto mono! Salí de improviso, salté sobre ella y le coloqué la cheira en el pecho. La chica, como era de suponer pegó un grito, pero ya le tenía *trincao* el brazo, y le advertí que, o calladita, o la cosa podría acabar muy malamente.

María

Aquel cerdo me quitó el bolso de un fuerte tirón, y rebuscó en él hasta que encontró el fajo de billetes y la bolsa con las joyas. El muy cabrón flipaba. Gritó de alegría al ver semejante botín, convencido de que aquel tesoro ya era suyo. Pero estaba equivocado, era mío y de nadie más iba a serlo. La vieja no se había enterado de nada. Cuando me largué con la pasta, dormía a pierna suelta, feliz porque yo estaba allí, velándola como todas las noches desde hacía ya más de seis meses, aguantando sus mierdas, sus malos modos, y su sueldo de miseria. La chica de la noche, así me llamaba. Ni se había molestado en aprenderse mi nombre. El vejestorio era muy desconfiado, y esta vez me lo tuve que currar más que en otras ocasiones. Gracias a Richard, que me animó a continuar. Porque más de una vez me habría pirado de aquella casa y mandarlo todo a la mierda. Después la cosa fue sobre ruedas. Conseguí ser su confidente y averiguar todo sobre ella. Aquel fósil no confiaba en los bancos, ni mucho menos, en sus sobrinos, a los que comparaba con hienas esperando la carroña. La señora se las daba de virtuosa, aunque en el barrio se comentara que la fortuna que poseía, había salido de algunos negocios no demasiado honorables. Así que había ido guardando una gran cantidad de dinero y joyas en la casa, para que nadie pudiera quitárselos. Y esta noche por fin, yo había averiguado donde lo escondía. Y ahora aquel cabrón quería quedarse con todo. Así en un instante. Sin esfuerzo alguno. No iba a consentir que se quedara con lo que a mí me había costado conseguir más de seis meses.

El Jony

Joder, allí había mucha pasta y joyas. Hostias, hostias, qué raro. ¿Pero qué coño hacía aquella tía allí, a esas horas y con tanta pasta? ¡Qué raro, qué raro!, ¿Quién era aquella pava? La miré, intentando reconocerla, sin que viera mi jeta. ¡Joder, estaba calada! y temblaba como un flan. Tenía el pelo completamente mojado y le caía sobre la cara, tapándosela. No lograba verla bien, pero lo que me acojonó fueron sus ojos, que me miraban de una forma en la que nadie lo había hecho, en todos los palos que había dado en mi jodida vida. Sin miedo. La muy puta intentaba reconocerme. Pero el que la identificó fui yo. Y como lo único que tengo en esta mierda de vida, es mala suerte, pues eso, que nada más y nada menos que era la Mari. Pero mira que soy gilipollas. ¡La Mari!, ¡Joder, joder, que marrón!, y ¿ahora qué hago? ¿Le pego el palo? ¿Me voy? Porque si le quito la guita a la María, y se da cuenta de quién soy, el Richard me mata. Yo no soy ningún moñas, pero esta gente no se anda con contemplaciones. ¡Joder!, pero aquí hay mucho billete como para dejarlo correr. ¿Qué hago? ¿Qué hago?... Pero darle el palo a la novia del Patrón…

Richard

Qué razón tenía mi viejo cuando decía, que por muy bien que vaya pasando la jornada, siempre vendrá alguien que te la acabará jodiendo. Y es que, aquella noche yo iba feliz. Habíamos cenado en el Burger, un poco pronto para mi gusto, porque mi chica tenía que ir a currar antes de las nueve, que era cuando se marchaba la del turno de día, pero no importaba. La Mari se lo merecía todo. Estaba bastante rayada con aquel trabajito, porque ya llevaba unos meses, y no le acababa de ver la forma de sacarle tajada. El caso es que, después de una doble cheeseburger y un par de garinvas, ya se empezó a venir arriba, y a verlo todo menos negro. Estuvimos charlando y riendo, y haciendo planes para el futuro. Después, paseamos tranquilos hasta la casa de la vieja. Ella se fue feliz al curro, y yo, orgulloso, reuní a los colegas. Luego la noche se había dado bien, y se vendió todo. Qué más

íbamos a pedirle a la vida. Así que me dirigí para casa. María llegaría, como siempre, sobre las ocho de la mañana. Le había cogido una rosa del parque para colocársela sobre la almohada, porque sé que a las tías les gustan mucho esos detalles, y yo en el fondo soy un romántico. A ver si acababa ya aquello de una puta vez, y volvíamos a tener una vida normal. Tenía un buen presentimiento sobre aquel negocio y ya no podía faltar mucho. Sí, había estado bien toda la movida de aquel día, hasta que, al volver la esquina de la calle para coger el puente que cruza hacia mi casa, lo vi. Estaba camuflado en la entrada de un portal. El puto yonki de mierda. Le había advertido que aquel era mi territorio y le dejé una nota en su jeta, después de meterle la fusca hasta la campanilla, para que no se olvidara. El menda se meó en los pantalones, jurándome por su madre que no había sido a propósito, que se había equivocado, que un mal viaje lo tiene cualquiera. Y ahora me lo encontraba otra vez aquí, y dando el palo a una gachí. Mi primer impulso fue el de arrancarme contra él. Lo iba a matar. Pero lo pensé mejor, aquella noche le iba a dejar hacer. Aquella noche iba a trabajar para mí. No vendrían mal unos pocos billetes más en mi cartera.

María

Cada vez estaba más segura de saber quién era aquel desgraciado. Aquella voz me resultaba conocida. Con un rápido movimiento le bajé la capucha. Efectivamente, aquel gilipollas era el Jony, el puto yonki del barrio. El más *colgao* de todos los *pringaos*. Aquel gilipollas estaba loco y podía ser peligroso. Pero me daba igual. No iba a dejar que me quitase lo que era mío tras seis meses de aguantar aquel asqueroso trabajo.

El Jony

Joder. La muy zorra me quitó la capucha de una guantada. Me había reconocido. No tenía que haber sucedido nada. No era mi intención cagarla de aquella manera. Pero ella comenzó a gritar mi nombre y a insultarme y a darme patadas. Y a mí se me fue la olla. Y le quité la pasta. Porque me había

reconocido y mi vida ya valía una mierda. Y yo solo pensaba en el Richard, y en la última paliza que me dio. Y eché a correr mientras ella caía, mortalmente herida por mi cuchillo.

Richard

Vi como la chica lanzaba un grito y se desplomaba. Aquel mierda le había pinchado, y ahora escapaba dando trompicones por el pedo que llevaba. Me acerqué hasta el portal. La muchacha estaba tumbada en el suelo, boca abajo. No se movía. La sangre surgía a borbotones de su cuerpo. El Jony le había metido bien el pincho. Un momento. ¡Joder, joder, joder!, aquel vestido, aquel abrigo, aquellos zapatos. Di vuelta a la chica. Después, solo recuerdo mis gritos, y la sangre de la Mari, perdiéndose entre la lluvia.

CON “M” DE MUERTO

Pedro A. Jiménez

Era la tercera vez que Mallory entraba en una comisaría de policía, la había citado a las diez horas, por ser testigo de un asesinato ocurrido el día anterior en Murdock Street.

La vi decidida a entrar, al parecer tenía la intención de cumplir el requerimiento a la mayor brevedad y salir a correr cuanto antes, como todos los días. El chándal rosa, las zapatillas Nike y sus treinta años, parecían no estar dispuestos a quedarse toda la mañana atendiendo asuntos de otros. El sargento Macallan que había tomado su denuncia el día anterior, la trajo ante mí.

Me llamo Marcus Mulroney, soy inspector jefe y policía veterano de cincuenta y un años, calvo, llevo traje oscuro, corbata roja, y según dicen de mirada atenta y tranquilizadora. Como mi despacho es algo pequeño, le digo que me acompañe a la sala de reuniones, allí hablaremos más cómodamente, le indico que se siente en una las sillas.

—Gracias por venir señorita Mallory, como ya sabe el motivo de esta citación, no es otro que me cuente su versión de lo que vio ayer cuando pasaba por Murdock Street.

—Verá, inspector, pues no mucho más de lo que está escrito en la denuncia. Como todos los días salí a correr y al pasar por esa calle en dirección a Minnesota Street, vi a un hombre mal vestido, parecía un “sin techo”, inclinado sobre lo que parecía un cuerpo tirado en el suelo al pie de un contenedor de basura, al irme acercando, aceleré la carrera, no quise complicaciones y al salir de la calle me dirigí, a denunciar lo que había visto.

—¿Podría describir al sin techo?

—Bueno, no vi mucho, porque como ya le he dicho iba corriendo. Creo que barba larga y descuidada, gabardina sucia, gorra de béisbol y guantes cortados, mostrando los dedos.

—Ya, ¿algo más que recuerde? Cualquier detalle por poco importante que sea, sería de gran ayuda.

—No, pero me enteré más tarde de que el muerto era Michael Marion el promotor inmobiliario.

—¿Le conocía?

—Trabajé de secretaria en una de sus empresas durante dos años y lo vi varias veces cuando pasaba por allí.

—Ya, muy bien. ¿Algo más?

—No, nada más.

—Una última pregunta, ¿conocía personalmente al muerto?

Mallory se tensó, y contestó que no.

—Está bien, ya puede irse. Si recuerda algo más, llámeme, tenga mi tarjeta, pero esté localizable hasta que termine la investigación.

Me quedé mirando mientras se marchaba. Era una chica rubia y atractiva, pero tenía la sensación de que no me había contado todo.

—Señor —el sargento Macallan otra vez— tengo esperando al otro testigo que denunció el crimen.

Le hice un gesto afirmativo señalando hacia la sala de reuniones.

Agradecí a Moses Malone que viniera más limpio de lo que acostumbra a estar. Es un "sin techo" conocido de la policía y habitual de la zona donde se encontró el cadáver, un desahuciado que tiene que vivir en la calle. Alguna vez ha tenido algún altercado con otros "sin techo", nada grave. Mientras nos dirigíamos a la sala de reuniones, dijo:

—Todavía conservo algo del saber hacer que tenía cuando era normal, inspector.

—Ya, cuénteme lo que vio, y lo que hizo ayer en el incidente de Murdock Street que denunció posteriormente.

—Bueno, inspector, ¿y qué tal si empieza por ofrecerme un café? No he desayunado aún.

Hice una seña a través de la vidriera a uno de mis ayudantes y un par de minutos después tenía un humeante café entre las manos dándole un sorbo con avidez.

—¿Y bien señor Malone?

Me puse serio, no estaba dispuesto a aguantar los requiebros de estos negros de la calle, se conocen todos los trucos para marearte, contando poco a nada de valor.

—La verdad, inspector, es que las cosas empezaron un poco antes de encontrar el cadáver.

—Adelante, cuente todo lo que pasó y no se deje nada.

—Estaba yo a mis cosas, cuando… —Moses da otro sorbo al café y continua— decía que estaba yo a mis cosas, cuando oí un chasquido, como si hubieran roto algo con otra cosa más dura, una barra de hierro o algo parecido. A continuación, oí el retumbar de un cuerpo al caer al suelo, como un saco. Me asomé entre mi montaña de cartones y vi a un hombre al principio de la calle, estaba mirando hacia mí, pero no me veía porque yo estaba en la oscuridad, sin embargo, yo a él le veía perfectamente, un momento después, me di cuenta de que no miraba hacia mí, que lo que miraba era el cuerpo de un hombre tirado, al pie de un contenedor que estaba cerca. El hombre de pie, tenía algo en la mano, pero lo tiró, me pareció una piedra o algo parecido.

Señor inspector, lo reconocí inmediatamente, era... —otro sorbo de café— era Miles Maverick.

—¿El famoso actor? ¿Está seguro?

—Como le estoy viendo a usted, inspector.

—Espere aquí.

En ese momento salí de la sala cerrando la puerta y pedí a mis ayudantes una grabadora, mientras, Moses vaciaba en sus bolsillos los platillos de caramelos que estaban sobre la mesa. Volví dentro.

—Bien, continua ¿qué paso después? Seguí preguntando al volver a la sala.

—Me dirigí hacia el hombre tirado en el suelo, tenía un golpe terrible en la cabeza, sangraba mucho, me agaché, pero ya estaba muerto, le reconocí señor inspector, era...-—se interrumpe una vez más para vaciar su taza de café— era Michael Marion, el promotor inmobiliario. Salí de allí todo lo rápido que pude, y me dirigí a la comisaría.

Me quedé en silencio, pensativo, asintiendo levemente con la cabeza.

—Bien, es todo por ahora, esté localizable porque seguramente le volveremos a llamar.

—Bien, señor inspector, buenos días.

Desde mi despacho situado estratégicamente, controlo todo con videocámaras, incluso antes de entrar a la comisaría, hasta el último rincón. Veo acercarse a un guapo, rico, elegante y famoso Miles Maverick con un traje italiano carísimo al igual que los relucientes zapatos, un corte de pelo de trescientos dólares. El actor se dirige a la puerta de entrada, entra, da un solo paso y se para, pero nadie le mira; contrariado, se dirige al policía más cercano, una joven en prácticas, y pregunta por mí.

Creo que, en su inmodestia, está seguro de sus encantos y de que cuando la policía levante la cabeza y le mire, poco menos que se desmayará. La agente, sin siquiera levantar la cabeza ni dirigirle la palabra, levanta el brazo señalando hacia donde se tiene que dirigir, ningún gesto más; Miles molesto da las gracias a regañadientes y se dirige hacia donde le ha señalado.

Ya ha visto mi despacho en medio del bullicio de la comisaría. Le recibo con toda la cordialidad que puedo, he visto toda la escena y le dedico una sonrisa maliciosa, le doy la mano, y nos dirigimos a la sala de interrogatorios.

—Gracias por venir, sé que su tiempo es muy valioso, y por eso vamos a hacer esto lo más rápido posible. Como ya sabrá ha muerto un famoso hombre de negocios, Michael Marion.

—Sí.

—¿Y tenía algún tipo de relación con él?

—Solo de negocios.

El actor, molesto por un recibimiento al que no está acostumbrado, se sosiega y pregunta.

—¿Que quiere de mí, inspector?

—Ayer fue visto en una de las entradas de Murdock Street hacia las diez de la mañana. ¿Es cierto que estuvo allí?

—Sí.

—¿Y sabe que a esa hora y en esa calle murió el señor Marion? ¿Qué casualidad no? Bien, quisiera que me contara lo que hizo ayer a eso de las diez de la mañana cuando estuvo en Murdock Street. Un testigo le sitúa a usted en la escena en ese momento. ¿Podría explicar su presencia en el lugar?

—Es cierto que estuve allí, y también lo es que estuve antes con Michael, yo me enteré por las noticias que había muerto, inspector. Discutimos por negocios, pero cuando yo le deje, estaba vivo.

—Un testigo asegura que le vio tirar un objeto pesado poco antes de descubrir el cadáver con la cabeza abierta.

—Le aseguro que yo no he hecho nada, lo que yo vi fue salir a alguien corriendo como alma que lleva el diablo de esa calle, era una chica rubia, venía directa hacia mí con una extraña expresión en la cara, creí que iba a golpearme, por eso cogí algo para defenderme. En aquel momento no había nadie más por allí, y tuve miedo. Cuando pasó de largo tiré la piedra y seguí mi camino, pero le juro que yo no sabía que Michael estaba allí.

—Me parece que usted no cuenta todo lo que sabe, le dije, le vamos a investigar a fondo. Puede irse, pero esté localizable, deje todas sus direcciones y teléfonos al sargento de guardia. Me dijeron mis compañeros que se marchó jurando en voz alta que no volvería nunca más.

Pasaron los años, el crimen no se pudo resolver y se cerró al no encontrarse pruebas. Yo ya me había jubilado. También me contaron que unos meses después de que se cerrara el caso, llegó a la comisaría un sobre con información del crimen, que se guardó para que lo resolviera la nueva inspectora Madonna Mulligan, quien repasando expedientes de crímenes sin resolver encontró el sobre sin abrir en el que se detallaba que la víctima, Michael Marion, había quebrado el holding que dirigía haciendo perder a sus socios millones de dólares, entre ellos Miles Maverick.

A los edificios de apartamentos que compró, puso alquileres imposibles para los inquilinos que los habitaban, los desahucios fueron inmediatos y traumáticos, afectando a muchas familias, entre las que se encontraba la de Moses Malone. También fue enjuiciado por acoso y violación, demandado por varias de sus empleadas y absuelto por falta de pruebas, una de las demandantes fue Mallory Martin.

Los tres, testigos que declararon en la investigación.

Miles Maverick y Mallory Martin están actualmente en libertad bajo fianza, en espera de que les juzguen por homicidio en primer grado y el negro Malone en paradero desconocido.

El sobre anónimo que llegó a la policía después de que yo me fuera, fue enviado por mí mismo como asesor de seguridad de Seguros Mortimer y

Asociados, la aseguradora del difunto que hubiera tenido que pagar una fortuna si no hubiera habido responsables por la muerte de su asegurado.

KENMA

Natalia Bustos

Me llamo Kenma. Aparentemente tengo todo claro en mi vida. Tanto el entorno en el que debo estar, lo que quiero hacer, y el camino que debo seguir para no perderme. Pero ahora, con mis dieciséis años, no tengo la seguridad de nada.

Es como si la atenta mentira estuviera acechándome a diario. Como si el miedo me invadiera y me situara en un descontrol completamente desconocido. Y cómo no, las preguntas. Esas tristes preguntas que se tienen que agarrar fuerte a mis pensamientos para que las tenga siempre presentes. No soy capaz de entender ni a mí misma ni a nadie, aunque utilice mi mayor esfuerzo. Pero me gusta.

Siempre me ha gustado escribir. Escribo, en abstracto. Y si debo ser sincero, no comprendo por qué me conquistan las letras en su hábitat natural llamado folio. Ese pálido papel que me grita desde mi escritorio cada vez que me ve. Escribir siempre ha sido evadirme a lugares inéditos a los que otras personas no pueden llegar. Y según mi psicólogo, esto es malo. Es malo ver a los demás como una ilusión y escuchar más a unas voces irreales. Pero cómo no escuchar más a mis voces si ellas mismas hacen tal eco que rebota por todos los rincones existentes dentro de mí. Y las personas… Ellas solo transmiten miserables susurros que cuesta oír. Y a veces, aunque sean poco sonoros, mi odio hacia estos transmite tales ondas que dañan mi entorno, mi mente y todo lo que me rodea.

Tengo una mente tan macabra, pero alimentada, que me crea un entorno tan idílico y fuera de lo que es humano, que destruye la constante realidad a la que tanto asco tengo.

—Necesitas conversar con gente si quieres desarrollarte bien mentalmente —dijo. Pero si ya converso con mi memoria. A todas horas. Ella me hace mover la conciencia del tiempo, me hace sentirme inhumano, que es el mejor piropo que puedo imaginar. ¿Y qué harás cuando no estés formado y mueras de hambre por no tener trabajo? Estoy muerto para todo

lo que no es inventado por mí. Pero adentro, aquí en mi cabeza, soy Inmortal. Gano a la eternidad, gano a todo lo que te puedas imaginar. Dijo: —tómate la pastilla o tendré que metértela a la fuerza. No voy a hacerlo. Lo siguiente que recuerdo son unas manos agarrándome bruscamente y metiéndome los dedos en la boca hasta quedarme sin vista en una calma constante.

Cuando me despierto del efecto de la pastilla, lo primero que veo es a mi madre, con gestos rabiosos y gritándome que todo lo hago mal. Mientras, mi padre ni se acerca por miedo y asco. Y lo que más me sorprende hasta a mí mismo, es que me satisface dar miedo y con esa satisfacción recuerdo lo que he cambiado y en lo que me he convertido en solo cuatro años.

Cuando no solo me sentía a mí mismo, sino que también me acariciaban las espinas de los actos que esos hombres realizaban en mí, según ellos para quitarse tensión de encima. O cuando me quebré de pena al morir mi abuela, a la que no voy a ver más, porque doy por seguro que mi destino no es el cielo. Y es que mi abuela con su bondad se merece algo mucho más perfecto que el paraíso, más perfecto que su definición porque, aunque ahora no sería capaz de quererla, mi pasado si lo hace, y ese niño de doce siempre querría lo mejor para ella, o eso creo.

También recuerdo los nervios antes de entrar a un colegio en el que solo oía insultos dirigidos a mí, que me marchitaban como una flor lo hace mientras echa de menos su primavera. Ya no voy al colegio porque cada vez que les veo me entran ganas de cortarles en trocitos hasta que no sean nada. Y como no lo hago, me entra presión y acabo teniendo ataques de ansiedad. Por eso suelo dar clase en casa u online.

Quizás por el daño, ahora no siento daño o quizás estoy más cómodo en una burbuja de hierro que debería ser de cristal.

Hemos ganado la lotería y el décimo lo tengo. Todavía tengo dudas de cómo fingir sentirme. Porque el dinero no es inventado por mí, ni tampoco creo que llegue a mis deseos que se profundizan en un horizonte distante. Así que lo acabo de romper. Supongo que diré que fueron los temblores que me traicionaron para que no me martiricen con un evidente error visto desde sus perspectivas.

Y en el fondo echo de menos al crío de doce años. Echo de menos tener mi esencia en la vida real y no la construida por mí. Pero sé que así estoy

mejor. Ojalá algún día pueda llamarme a mí mismo David, el nombre elegido por mis padres, y dejar de llamarme Kenma, nombre que nadie conoce.

El 37.852

María José Bebia

«Paco, gracias a su pensión llegamos a fin de mes», «pero es que no podemos hacer nada con él en casa…». Moisés cierra la puerta de la habitación que comparte con su nieto Alberto. No quiere oír más a su hija y a su yerno. Siempre es lo mismo. Se sienta en la butaca que tiene al lado de la ventana, y mira el poco cielo gris y plomizo que se puede ver entre los edificios. De nuevo se le va la mente a su casa del pueblo. Con su pequeño huerto y sus animales. Allí era feliz. Todo el día estaba en la calle con aire fresco y puro. Si no era plantando las lechugas y los tomates, era recogiendo las vainas o haciendo surcos con la azada para que el agua del riachuelo regara su poca tierra.

Tenía dos vacas y un ternero y su tiempo le llevaba darles de comer y adecentando su cuadra. Allí el tiempo pasaba rápido. Siempre había alguien con quien hablar en cualquier momento. Nunca se sintió solo. Ni siquiera cuando Rosaura, su mujer, se murió. Todos los del pueblo se volcaron con él cuando la familia se marchó. Alguna mujer le llevaba unas sopas de ajo, o unas torrijas recién hechas. Todos se preocupan por el viudo.

Cuando le dio aquel pequeño mareo, y cayó al suelo golpeándose la cabeza, allí fue cuando su vida cambió. Llamaron a Merche, su hija, «que no podía quedarse solo, que era muy mayor», y se lo llevaron a la ciudad.

Su yerno, Paco, no lo quería en casa, y se lo dejaba muy claro cada vez que hablaba con él. Al principio no lo demostraba mucho. Moisés trajo consigo el poco dinero que le dieron por las dos vacas y el ternero. La casa aún no se ha vendido. Nadie quiere una casa en un pueblo en el que apenas hay cuarenta vecinos, y todos muy mayores.

Todo eran caras sonrientes cuando pagó el televisor de treinta pulgadas para ver el mundial, o pagó una de las letras del coche, que ya vencía, o pagó el recibo de la luz antes de que la cortaran.

Merche, la hija, le quiere, pero va a tres casas distintas a limpiar y apenas tiene tiempo para dedicarle. Sus nietos, no reparan en él. Carlos, el mayor, casi no aparece por casa. Tiene una novia hippy que lo lleva a todas

las concentraciones que hay en contra de la guerra, y viajan de comuna en comuna. Sofía, la segunda, apenas sale de su habitación. Siempre estudiando o escuchando música. El mejor, Alberto, el pequeño, con el que comparte la habitación, y con el que habla más. Siempre le pide que le cuente historias de cuando era joven. Con ese niño disfruta mucho. Con él vuelve a su pueblo natal, con él regresa y conoce de nuevo a Rosaura, y vive otra vez su noviazgo y la mili.

Pero el dinero se fue acabando y sólo queda la poca pensión que cobra y que se la da a Merche para que ella la administre. Se queda con algo para tabaco y para comprar algún caramelo a Alberto. Y a veces, en Navidad para comprar un décimo de lotería.

La semana pasada, durante la cena, Moisés oyó como Paco comentaba que ojalá les tocara la lotería esta Navidad, que así no necesitarían la pensión de su suegro, y que podrían meterlo en una residencia, una buena, claro, y así no lo tendrían en casa. Que la casa del pueblo la podrían tirar y vender el terreno a alguna constructora para que hicieran bonitos chalets. Moisés iba a entrar en la cocina mientras hablaban, pero decidió seguir por el pasillo hasta la habitación; lo de la lotería es muy difícil que toque, pensaba.

El 22 de diciembre, desde primera hora de la mañana, el soniquete de los niños de San Ildefonso. A Moisés le gusta oír la radio. En la sala se oye la televisión.

—¡El 3! —decía uno de los niños.

No va a tocar, pero para qué le habré dicho qué numero he comprado, se lamentaba Moisés.

—¡El 7!

Vaya son dos, bueno, un pellizco.

—¡El 8!

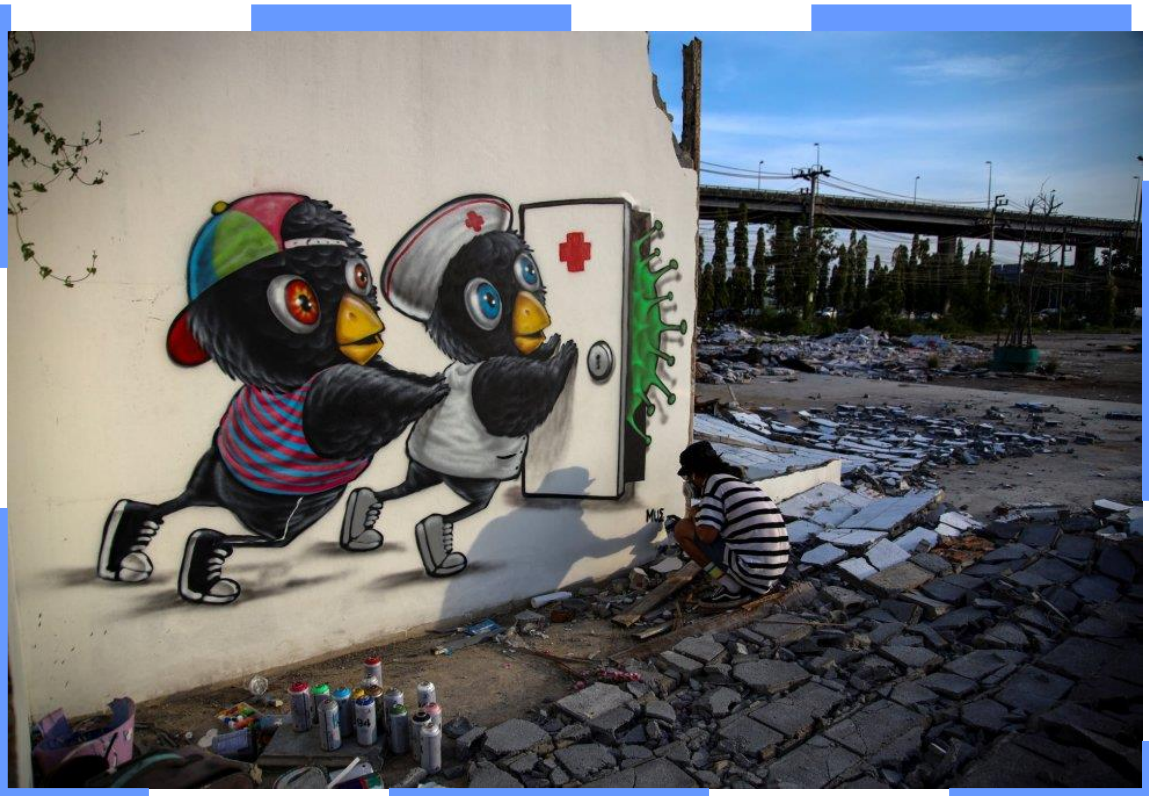
Ay, Dios van a tirar mi casa, allí tengo todos mis recuerdos, y mi huerto, ya no lo veré más…

—¡El 5!

¿Ha dicho el 5? No puede ser. Ya no me van a necesitar, ya tendrían todo el dinero. Me voy a una residencia, solo, muy solo.

—¡El 2! ¡Cuaatro millooooones de euuuuuros! —y un niño de San Ildefonso canta el número ganador una y otra vez…

En la sala de la casa el bullicio es enorme. Y Moisés en la habitación, sin nervios, totalmente seguro, rompe el décimo.



UNA NOCHE EN TIEMPOS DE CONFINAMIENTO

Laura Iglesias Arrojo

Ante el inminente confinamiento que las autoridades han ordenado debido a la pandemia, he entrado en pánico, quizás un sentimiento heredado de mis padres, que vivieron tiempos de escasez durante y después de la guerra.

El caso es que me he convertido en una acaparadora y he hecho como tantos otros: acudir a comprar de forma desmesurada. Gracias a algunas influencias, he conseguido un montón de rollos de papel higiénico. Son tantos que los he colocado en la sala, que es la habitación más grande de la casa, y donde hay más espacio. Los críos se dedican a jugar con ellos como si de un juguete con piezas para hacer construcciones se tratara. Crean puentes o casitas y también los utilizan a modo de vasto catalejo o de gran rueda para su tractor.

Cuando se aburren y reclaman mi atención, los usamos para hacer gimnasia. Cogemos uno de aquí para ponerlo allí, cogemos otro y lo ponemos encima de aquel, y luego lo devolvemos a su lugar de origen. Así, una y otra vez, hasta que nos cansamos.

Ni que decir tiene que, en su uso más tradicional, es decir, cuando vamos al servicio, sigue siendo el rey. Creo que por eso se llama así, *El Rey*. Y os preguntaréis qué importancia tiene que se llame de una forma o de otra. Pues tiene mucha importancia. Porque los nombres dan entidad a las cosas. Y no es lo mismo limpiarse el culo con *El Rey* que con *El Elefante*, por ejemplo.

Cuando llega el momento de acostarme, doy un último repaso a la casa. Los rollos de papel quedan de modo diferente cada día. Como si formaran parte de una instalación en cualquier museo. Y hoy que me he desvelado, he venido aquí a mirarlos. Por la ventana de la calle entra la luz de una farola y en esta penumbra me siento a observar. Hay una torre con rollos de papel estratégicamente colocados que parece un árbol. Quizás el rollo de papel sepa que un día fue eso, un árbol, que su sombra cobijó a un labriego en un caluroso día de verano y que sus raíces bebían el agua filtrada en la tierra. En el centro hay un estanque. Está habitado por un ser mitológico que asoma su cabeza y me enseña sus fauces, pero no parece agresivo, igual está sonriendo. O quizás,

se ríe de mí, de todos nosotros que nos creíamos todopoderosos. Al otro lado hay una montañita de rollos que recuerda a un volcán de cuyo cráter salen flores enormes que son como manos que quieren asirme.

Esto es muy extraño, tanto como los días que vivimos, encerrados en nuestra propia casa de oro o de hojalata. Poniendo a prueba nuestra resistencia ante la incompetencia, la apatía y la soledad. Toda la estampa es gris. Todo está en silencio. Un rollo de papel ha caído de algún lado y llega rodando hasta mí. Lo recojo. ¿Sabrá el rollo de papel que hoy es un rollo de papel higiénico? ¿Pensará sobre su función en la vida? ¿La aceptará resignado o preferiría dedicarse, por ejemplo, a envolver regalos?

Quizás no tenga memoria y crea que nació para ser lo que es, un indispensable en nuestras vidas, más o menos sedoso, de dos o tres capas que gira una y otra vez hasta que se extingue y pasa el testigo. En algo nos parecemos.

UN VIAJE SENTIMENTAL

Elvira Alonso Lasen

Valeria Collado abrió la puerta de la habitación y suspiró aliviada al ver que todo seguía estando igual que la última vez. Ni tan siquiera se habían molestado en renovar las cortinas turquesas que a ellas tanto les gustaban y que ahora, después de infinitas tardes de sol de poniente, tenían todos los colores del atardecer. Cerrando la puerta se dirigió al cuarto de baño y sonrió al reencontrarse con la bañera romántica de patitas doradas, rematadas con garras de león. Después, se dejó llevar, y, tras poner el tapón a la bañera, abrió el grifo para llenarla y comenzó a desvestirse frente al espejo.

La mujer del otro lado le reveló los mismos signos del paso del tiempo que las cortinas de la habitación, todo en ella se había vuelto más leve, incluso en sus ojos, en los que el brillo se estaba perdiendo, tanto desde fuera como en lo que sus pupilas podían apreciar. Pero aquello no importaba dentro de aquella habitación, donde ni tan siquiera conseguía sentirse como una adulta. Se le ocurrió entonces que, seguramente, ahora, ella tenía la misma edad que los padres de Suong durante el último verano. ¿Cuánto habría quedado de todos ellos en aquel espejo que tantas veces los habría reflejado?

Metió un pie en el agua y se estremeció por los pequeños pinchazos que producía en su piel el contraste de temperatura. Esa sensación, hermana del dolor, consolaba el cansancio de su cuerpo que, despacio, iba sumergiéndose entre la espuma humeante. Finalmente zambulló la cabeza y, aguantando la respiración, se ovilló bajo el agua sintiéndose a salvo en la conexión atávica con el vientre de su madre, invulnerable por fin al tiempo que había dejado atrás y a todo aquel que aún quedaba por llegar. Sacó la cabeza a la superficie, respirando sobresaltada, como quien despierta bruscamente de un sueño, y entonces se percató del olor de la espuma del baño. Era un aroma extranjero, mezcla de tomillo y lavanda, que la transportó junto a una niña de bañador rojo y ojos trazados con tiralíneas. Jugaban a la orilla del mar, tumbadas sobre la arena mojada, viendo quién aguantaba más tiempo dejando a las olas romper frente a sus caras.

Envuelta en una toalla salió a la terraza con una copa de vino. Recordó entonces que, al dejar la botella sobre el mostrador, la dependienta comentó con tono desdeñoso: «un vino casi francés». Valeria no tenía ganas de adivinanzas, por lo que se limitó a sacar la tarjeta de crédito de la cartera para pagar. La dependienta, impasible a su desinterés, se contestó a sí misma diciendo que los chinos eran ya dueños de la mitad de los viñedos a ambos lados del Garona. No pudo evitar sonreír al recordar cuánto se enfadaba Suong cuando alguien la llamaba china. ¿Cómo era posible confundir a una china con una vietnamita?, decía. Además, ella no era una vietnamita cualquiera, sino la hija secreta de la última princesa viva de Indochina, a quien sus padres habían adoptado para salvar la dinastía, concluía siempre. Y Valeria la chinchaba llamándola Anastasia.

La terraza de la habitación se abría ante la ría, muy cerca del puerto deportivo. Los barcos pasaban por delante, escondiéndose después de la vista, tras un recodo del cauce que impedía ver cómo enfrentaban el mar. A cada lado de esa desembocadura, se levantaban las cabañas de los cultivadores de ostras. Eran construcciones idénticas, de tejados a dos aguas con un pequeño embarcadero. Sólo se diferenciaban entre sí por los colores, como escudos de armas elementales, con los que se pintaban los marcos de puertas y ventanas, diferentes para cada familia. Alrededor de las cabañas se erguían osarios marinos, restos de ostras desnudadas y deglutidas en vida, que se amontonaban en espera de destino. También las bateas, ahora naufragas despojadas de contenido, brillaban al sol sobre el camino, alfombrándolo como seres extraterrestres con sus hilos metálicos y herrumbrosos.

Seguía aún en pie, aunque abandonada, la cabaña de la familia de su tío, con quienes Valeria pasaba los veranos, mientras sus padres se cocían trabajando en la cocina de un restaurante de Madrid. En aquella cabaña, el verano de los dieciséis, fueron escondiendo poco a poco todo aquello que pensaban que iban a necesitar para su nueva vida. Habían decidido que ya no se separarían, que se habían cansado de decirse adiós cada verano, de que Valeria regresara a Madrid todos los septiembres, y de que Suong y su familia dejaran aquella preciosa habitación de hotel para volver al París lluvioso de todos los otoños.

Levantó la copa, y mirando a través de ella, consiguió que por un momento el mundo volviera a ser de color rosado. Los barcos, la ría, las casas y el bosque de pinos al fondo, todo era como la luz de aquella mañana en la playa de Bretaña donde vio a Suong por última vez.

Habían llegado hasta el arenal después de anochecer. Trenes y más trenes durante cinco días. Trenes viejos, trenes lentos, siempre evitando las grandes ciudades y a sus policías intimidantes. Se bajaban en algún pueblo, compraban comida y volvían a subirse a otro tren. Hablaban sin parar, se contaban sus planes por millonésima vez. Llegarían hasta *Calais* y cruzarían el canal en un barco hasta Inglaterra. Allí Suong sería actriz, o cantante, en inglés, por supuesto, la lengua de los triunfadores, y ella, bueno, ella ya se vería.

Habían visto las playas desde el tren, la marea bajando infinita hasta difuminarse en el horizonte, y Suong quiso bajar para pasar la noche allí. Discutieron un poco, o más bien Suong se puso en pie sonriendo, como fin inapelable a toda protesta, cogió la mochila, echó a andar y Valeria la siguió por el andén, una vez más sin rechistar. Durmieron sobre el suelo de madera de una caseta de lona a rayas rojas y blancas. Comenzaba a amanecer cuando se oyeron las sirenas, provenían de los coches de la policía, y marcaban el final de la aventura, igual que marcan el fin de la jornada en la fábrica.

Después de ese día el rostro de Suong se fue diluyendo inadvertidamente, poco a poco, en su memoria. El olvidarla, sin embargo, fue cuestión de mucho más tiempo. Igual que es imposible olvidar a una hermana, porque de tanto en tanto un olor, un sonido o un determinado matiz en el pelo de otra mujer te llevan de vuelta al tiempo de las horas largas, a aquel que hace su siembra más cerca del centro del corazón.

Por eso no le sorprendió la inmediatez con la que la reconoció después de tantos años. Aquella mujer de mirada decidida, posando con un sofisticado vestido de noche plateado mientras recibía un premio. El nombre, al pie de la foto no era el suyo, pero eso no importaba, todo el mundo sabe que las actrices hacen eso. Valeria estaba segura de que era aquella niña de los ojos del color de la tinta de un grabado del Vietnam. Así que quiso intentarlo. Cuando llegó el día, condujo esos mil kilómetros y cruzó la frontera veinticinco años después. Era lo que habían prometido al separarse.

Quizás, ahora sería capaz de explicarle por qué no creyó en ella lo suficiente para seguirla, por qué tuvo miedo e hizo aquella llamada que puso punto y final a su escapada; quizás, podría darle una razón, si es que encontraba una que fuera capaz de contarle.

EL CENTRO DEL UNIVERSO

Juan Iturbe

Me encuentro en el centro del universo. Desde aquí lo veo todo. Todo lo que quiero ver, que no es cuestión de verlo todo a la vez, que solo puedo poner mi atención en un punto. Después de todo, soy humano. El centro del universo ha figurado con diversos nombres y propiedades en todas las cosmogonías que al ser humano se le han ocurrido. Vacuidades sin sentido, como demostraré.

Yo he tomado entre mis manos ese concepto y lo he despojado de apriorismos que no conducían a ningún sitio y he logrado dejar únicamente su esencia más descarnada. Ese núcleo puro, neto, necesita de un nombre y lo he bautizado de manera apropiada. Porque, lo mismo que todo lo que definimos tiene nombre, en el nombre está el ser de lo nombrado. Al dar un nombre a algo, no solo lo hacemos real, sino que aprehendemos de alguna manera su esencia y somos capaces de definirlo, ponerle límites mentales y nos permite interrelacionarnos con ello. El primer precedente de este proceso lo tenemos en el Génesis, cuando Adán fue dando nombre a todas las cosas. Dios las habría creado, pero fue el hombre el que las nombró, creándolas de nuevo, recreándolas y moldeándolas a su manera. Por eso estoy en mi derecho de dar un nombre, mi nombre, el nombre definitivo al centro del universo.

Lo llamo: “sofá”.

Así se lo hago saber al resto del universo. Me quedo indiferente a las sonrisas burlonas que han aparecido en vuestros rostros. Sé que es la primera reacción de una mente no preparada ante la sorpresa de lo evidente, de la sencillez de lo trascendente. Yo también reaccioné así cuando me fue revelada la Verdad. Me encontraba reflexionando en el centro del universo, cuando, sin más, ahí lo tenía. Un momento antes, no sabía y, un momento después, lo sabía, con claridad deslumbrante. No hacían falta razonamientos

ni especulaciones. Es una verdad tan evidente en sí misma que cualquier argumentación es una pérdida de tiempo; cualquier refutación, imposible.

Me limitaré a exponer los hechos. El origen del universo, su centro, es aquel punto en el cual germinan las cosas, la realidad se nos hace real y alrededor del cual la vida transcurre. En el sofá lo vemos todo, bien a través de la televisión, bien a través de libros y revistas. No solo eso: buena parte de nuestra vida social, aquella más cercana, se desarrolla con un sofá en su centro. Es inútil tratar de encontrar ejemplos puntuales que traten de contradecir esta premisa. Los encontraríamos, sí, pero en el fondo de nuestro pensamiento, sabemos que es en el sofá donde nos gusta estar, escuchar, crear o incluso amar. Reconócelo, no sientas vergüenza ni opongas resistencia.

Examina tu sofá con otros ojos. Siente su fuerza atractiva, más fuerte que la propia gravedad, más dulce que la ambrosía. Siente su cariño, tan personal como los mimos de tu madre, tan acogedora como el abrazo de una nube. Verás, sabrás, sentirás que tengo razón.

No sé si he sido el primero de los iluminados, pero sé, siento que debo ser uno con el centro del universo. Una vez desvelada la verdad no tiene sentido apartarse de ella, una vez iluminado el mundo, no tiene sentido salir a las sombras de lo equivocado.

Pero el centro de todo, en su sabiduría, me impone un último trabajo. Debo redactar estas líneas, meterlas en una botella de plástico y lanzarlo a la corriente que las lluvias torrenciales han formado delante de mi casa. La verdad revelada debe diseminarse como una semilla en el viento, el centro del universo irá errando de casa en casa, de sofá en sofá, y los creyentes vivirán en paz y armonía.

Ya está, casi he terminado. Mi sofá me llama, extiende sus brazos amorosos y lloro de alegría. El centro del universo y yo seremos uno. Nada nos separará.

STAY
HOME

DONDE SE ESCONDEN LOS CHIVATOS

María José Bebia

Los gritos perturbaron uno de los momentos del día más tranquilos, el de lectura en el balcón. La voz era de hombre, fuerte y áspera. Se notaba que estaba encolerizándose por momentos, a cada palabra.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis? ¿No os da vergüenza salir? No se puede estar en la calle. ¿No sabéis que la gente está muriéndose?

Tuve que levantarme de la silla y abandonar mi mundo mágico. Saqué la cabeza a la calle intentando localizar la ventana de la que salía aquella voz y ponerle cara. Estaba justo enfrente de mi balcón. Su cara anodina, roja y algo repelente a la vista. El hombre era menudo, con barba de días, con pelos algo grasientos que tapaban una incipiente calva, y llevaba un chándal ya pasado de moda, esas solapas ya no se llevan en la ropa deportiva. Tenía una amplia nariz que se le abría al gritar. Cada vez que gritaba sacaba una mano como si quisiera lanzar algo además de palabras.

Miré hacia abajo, buscando el motivo de tan ardorosa reacción. La calle estaba vacía excepto por una mujer de unos cuarenta años con un chaval de unos doce que andaba torpemente, y que iba agarrado de la mano con un pañuelo azul. La mujer miraba a la ventana de la que salía la voz gritona. Levantó el brazo agarrado al de su hijo, unidos por el pañuelo, y no dijo ni una palabra.

—Voy a llamar a la policía. Y encima pones en riesgo al crío. Todo por salir, pero mírala, no dice nada, ¿no puedes verdad?

Las otras ventanas empezaron a asomar cabezas, algunos incluso se sumaron a los improperios. Ya se sabe que cuando una voz empieza, el resto del rebaño se contagia, y le sigue sin pensar. En algunas ventanas no se decía nada, solo miraban. Yo ya no pude más: —¿Pero es que no ve el pañuelo azul? Cállese, y no salga hasta que sean las ocho y se ponga a aplaudir como cada día.

Me metí en casa, no sin antes mirar de nuevo a la calle y ver a la mujer cómo giraba en la esquina.

LEVANTÓN

Ricardo Egiguren

El Viejo

Para esta ocasión solo contamos con un par de *chatas* y una *fusca*, la *tartamuda* estaba fuera de nuestro alcance y no tenía cargadores de repuesto, por lo que con lo que teníamos iba bien. Yo no era un *masca* propiamente dicho, pero se me hacía caso cuando daba órdenes, además era el único que tenía recursos y *cifra* suficiente.

Hacer un *levantón* no era *moco de pavo*. El a*ndoba* tenía que ser un *jambo* de pasta y así fue, nada más y nada menos que el director general de Tarabusi una fábrica de tubos. El tipo vivía en un chalé de la ría de Plentzia. Dos meses antes, y para no *mosquear*, tuve que alquilar una *chaluta* en Berango que, situada entre caseríos y barrios separados, nos *apalancaba* perfecto.

Todo había sido coser y cantar. Hacer el *levantón* a través de un butrón en el garaje y: ¡zas!, dentro del chalé. Juan Luis Zárate estaba solo, y ponerle la chupa en la cabeza y meterle en el maletero fue todo uno.

El sótano de nuestra *chaluta* es muy grande con una cuadra y tres cuartos. Le metimos al fondo del segundo cuarto a la izquierda, donde no había *guirlacha*; en este lugar era muy difícil que nos encontrara la pasma. Para amedrentar al *jambo* le quité el *peluco* colorado, después lo até en una silla maciza, y le tapé la *mui* con cinta pato. Desde ese momento, y durante toda la noche, quedaba al cuidado del *Novato.*

El Novato

Me han dado una *fusca* de solo cinco balas, como si no supiera disparar. Yo, que me *mosqueo* enseguida, de la misma, le rompo las *clisos* y le doy una colleja en la *jeró*. El tipo va *maqueado* de lujo, pero cuando me *diquela*, se sabe que es un *moña*. El paquete suda como un cerdo, es bastante

carroza y según el *Viejo*, el *parné* que se ha exigido a la *rumay* es un kilo en billete pequeño. Además de la *fusca*, yo siempre llevo *apalancada* en el calcetín de la bota una *chori* por si me *mosqueo*.

A las dos he *papeado* algo, y como el carroza no se movía, le he dado a la *priva* hasta que, sobre las seis el *Nervios* me ha armado una *pajarraca.* Creo que he estado *sobao* bastante tiempo durante noche.

El Nervios

Joder, ya le dije al *Viejo* que no se puede contar con un *julai* para un golpe de este *calao.* He pasado por la *trena* varias veces, y sé que con este trabajo la ruina que nos puede caer nos dejaría en dique seco mucho tiempo. Llevo, además de la *chata*, un *pincho* camuflado en el cinturón; en las distancias cortas soy muy *fetén.*
Según el *Viejo*, esto no puede alargarse más de dos días, sino sería chungo y con el *moña* del *Novato*, meter la pata puede estar a la orden del día. A Juanlu le he puesto un *perico* por la nariz, así no dará la matraca en todo el día. Me releva el *Viejo* a las dos.

El Viejo

Compruebo que el paquete está dormido, y me despreocupo. Lo importante es estar al loro, comprobar que no hay *basca* sospechosa por los alrededores de la *chaluta* y sobre todo que la llamada se produzca. El aparato se compró en Portugal, trucado y sin contrato. No está *papelado*, para que no se haga seguimiento a la llamada. Espero que la *rumay* comunique pronto. Ya le dije, si me *mosqueo* y veo cosas raras, tu *chorbo* aparece borrado. El *paquete* está bien atado y no se mueve, parece que no va a dar problemas. Rosario, la *rumay* de Juanlu, sabe las condiciones. Si olemos que los *maderos* actúan en el caso y hacen algún *paripé* de búsqueda, el *menda*, la *diña*. Son ya las ocho de la tarde y necesito *manducar*. Le toca turno al *Novato*. Le dejamos la vigilancia de noche, por tranquilidad, pero ¡sin sobar, eh!

El Novato

Estoy al loro, pero algo nervioso. A medida que pasan las horas no dejo de *diquelar* por todos los lados. Al limpiar la *fusca* se me escapa un tiro al suelo, el gatillo va fino. El *chivo* sigue sin moverse, está girado contra la pared, sólo le veo la olla, mejor así por no verle la *jeta*…Mis dos compas tienen mucha experiencia y no me tangarían por nada, sólo me piden que no me *corra brisa*. Esta segunda noche la he pasado con frío en los *calcos*, aunque me puse el tabardo por los hombros. Yo no soy un tipo *moña*, pero el *levantón* es cosa seria. Son las cinco, me despierta el sonido de un teléfono y alguien dándole a la *mui*; creo reconocer al Viejo.

El Viejo

—¿Quién es? —pregunto.

Con una voz temblorosa, reconozco a Rosario que dice tener el *parné*. Parece que todo va bien; no hay que mosquearse. Le señalo que meta todo en una bolsa de basura y vaya a la zona de Azkorri en Getxo; allí en la esquina de la calle Perune con Muru hay una papelera.

—Mételo y marcha, si veo a la pasma, no hace falta que dejes el *parné*.

Ella llorando responde que no se lo ha dicho a nadie. —Hoy a las ocho de la tarde —le digo— y cuelgo.

Me abro a la zona de entrada de la *chaluta*, junto a las cuadras, y allí comento al *Nervios* y al *Novato* lo que hablado. Parece que tienen claro que yo no les quiero *tangar*, respiran, ya están pensando como *astillar* el *parné*. Le digo al Novato: —Aligera y ponle en *facha* al *paquete*. Al cabo de un minuto vuelve con cara de *abucharao*, y nos dice que Juanlu está borrado, que no se mueve. Vamos los tres a uña de caballo y, tras soltarlo, vemos que el *carroza*, no respira, está frío.

El Nervios

Aunque he llegado a Azkorri media hora antes, en invierno y ya de noche, son pocos los carros que circulan, es un camino antiguo. El *Viejo* está preparando la *naja* para cuando vaya. A estas alturas, la *tabaca* se ha descontrolado. Veo venir un carro grande despacio. Se para en el cruce y una mujer mete algo en la papelera y marcha. Solo dejo dos minutos. La oscuridad es total y estoy rajando para mis adentros. Abro la bolsa y veo todo el *parné*, *nasti* alrededor. Aligero la marcha y voy saliendo a la general, no he visto nada sospechoso. En cinco minutos estoy con mis *troncos*.

El Viejo

El *jambo*, está borrado. Le dimos *perico* para *sobar*, pero no sé cuándo ni porqué la ha *palmao*, es un marrón del que debemos *najar*.

—Vamos a *astillar* el *parné*. Ya quedamos que yo el cincuenta, y para vosotros el veinticinco por cabeza. Estad al loro por si veis algo raro. Nos abrimos del lugar sin preguntarnos adónde iríamos cada uno. Así era mejor. Y Juanlu, nunca supimos por qué la había *diñado*. Lo encostalamos al fondo de la cuadra entre la paja, y ya nada más supimos de él. Al listo del *Novato*, le detuvo la *pasma* al de veinte días en Las Cortes en Bilbao, trapicheando con *perico*. Yo sigo en Sudamérica, en Belice, un buen lugar, sin acuerdo de extradición.

DESBORDADA

Javier Abad Presa

Hacía una semana que no coincidían más que para dormir. Al principio, cuando compraron la casa, se levantaban a la misma hora, lo que les permitió desayunar y cenar juntos todos los días. Después cambiaron los horarios, los despertadores no sonaban a la vez y cada cual desayunaba por su cuenta, pero pudieron mantener la cena y la charla diaria. Al final, por otro nuevo cambio de trabajo de él, terminaron coincidiendo solamente los fines de semana, y no todos. Pasaron de «qué tal el día» a «qué tal la semana» sin demasiada dificultad.

Hoy habían estado a gusto. Charlaron acerca del tiempo, de la avería del coche y de las compras pendientes. Incluso, hablaron sobre libros, unos de Ernest Hemingway y de un tal Bukowski, que a ella le gustaba mucho. Mencionó varios títulos. También hablaron de aquel viaje a la Argentina, y de lo bien que estuvieron allí. Y de la vuelta. Hacía de aquello, seis años. Los dos, casi sin querer, dejaron pronto de hablar de ese recuerdo de Argentina, y del pasado, y cambiaron a otros temas.

Eran las siete y media de la tarde. Estaban los dos preparando la cena, distraídos, diciendo cualquier cosa. No se dieron cuenta de que había un poco de agua estancada. Ella se encontraba frente al fregadero, él a su derecha. El grifo estaba abierto y casi toda el agua desaparecía como siempre, pero su curso era más lento de lo normal; una parte no se iba como se tenía que ir.

Empezaron a ser conscientes por un ruido. Un sonido extraño, no cotidiano, como de metal y aire.

—Anda, qué coincidencia, parece que tenemos música de cañerías —dijo Rocío sonriendo vagamente.

—Como el libro ese, ¿no? —preguntó Ángel.

El ruido se hizo más intenso. Antes de que pudieran hacer otro comentario, y a una velocidad que les sorprendió, el agua cubrió toda la base del fregadero, su nivel empezó a subir con rapidez, el ruido se detuvo. Salió de repente una gran burbuja del desagüe y, justo después, comida, restos de

comida, partes pequeñas, unas recientes y otras no tanto, algunas imposibles de identificar por su estado, y la cantidad de líquido seguía aumentando. A Rocío, con el pequeño sobresalto de la burbuja, se le cayeron las cosas que tenía entre las manos dentro del fregadero. Cerró el grifo. El nivel continuaba subiendo, aunque más lentamente. Se quedó unos segundos mirando. Ahora la mezcla lo hacía especialmente desagradable: juntos en aquella sopa espesa y creciente, revueltos, había alimentos apetecibles recién caídos y cosas podridas. Sorprendía más aún que apareciera comida de varios días atrás, sobras que deberían haberse ido por el desagüe hacía tiempo. Entre toda aquella masa a Rocío le pareció ver un pendiente que había perdido. El estado de la materia, la viscosidad y sobre todo el olor les hicieron reaccionar.

Rocío buscó inicialmente un desatascador que no encontró y se dio cuenta en ese momento, un poco inquieta, de que no recordaba si alguna vez habían tenido uno. Sin entender la inquietud cogió varios trapos, papel de cocina y la fregona, por si el fluido rebosaba el fregadero y empezaba a afectar y a manchar otras cosas, otras partes de la cocina, o de la casa. Se preocupó por eso. Comenzó a poner papel por los lados, y acercó el cubo de la basura. No pensó en el porqué del atasco.

Ángel abrió las puertas que estaban debajo del fregadero, sacó todo lo que había y se puso a mirar las cañerías. Todo estaba en orden. Fue al baño y abrió el grifo; el agua desaparecía allí sin dar ningún problema. Después de eso, casi sin pensarlo, salió de casa y llamó a la puerta de los vecinos, para ver si a ellos también les pasaba. Lo hizo automáticamente, como siempre había visto hacer a sus padres cuando se iba la luz. Siempre comparar con el vecino y con la luz del portal. No era lo mismo, pero algo tendría que ver. Rocío también pensó en sus padres. A ellos nunca se les atascó el fregadero, porque su padre era un manitas. Y su madre era buenísima en la cocina. Así duraron tantos años juntos.

Ángel entró en casa. Los vecinos bien, sin problema. O eso decían. Que sí les había pasado, hacía tiempo, pero que ya lo habían solucionado. Mientras Ángel buscaba las causas del atasco, el fregadero había empezado a rebosar. Rocío lo había llamado cuando estaba donde los vecinos, pero no la oyó. Ángel se quedó mirando el agua en el suelo.

—No puede ser —decía—. Los tubos tienen una forma, para que no desborde, no, hay un sifón, y válvulas, es imposible.

—¡Cierra la llave general del agua, Ángel! —le gritó Rocío mientras pasaba la fregona. Había puesto más papel en la encimera y en el suelo. Un trapo intentaba taponar el desagüe para que no entrara más, sin conseguirlo. Al cerrar la llave general el flujo cesó.

Se quedaron quietos, Ángel observando fijamente el charco del suelo sin llegar a comprender, Rocío apoyada en la fregona, evaluando la situación. Habrá que llamar a un fontanero, dijo al de un rato alguno de los dos. Estuvieron quietos y en silencio. Permanecieron así, como esperando algo. De vez en cuando otra burbuja sonaba y subía. Hubo un momento en el que Ángel, dándose cuenta de que no había hecho nada más que buscar posibles causas, se acercó al rollo de papel de cocina, arrancó dos o tres trozos y los puso en el suelo para que fueran empapando, tras lo que volvió a comprobar las tuberías. Rocío continuó quitando líquido del suelo con la fregona y recogiendo papeles húmedos y sucios hasta que quedó razonablemente seco. Después se sentó en una de las sillas. Le pareció estar más cansada de lo que el reciente esfuerzo podía justificar. Afortunadamente, la mesa y las sillas estaban en la otra parte de la cocina, limpias, a salvo por el momento, y afortunadamente también, no tenían hijos, pensó, que bien podrían estar ahora chillando, mojando todo, resbalándose, jugando con el agua, entre risas, corriendo y jugando, gritando y riendo, sin importarles la gravedad de lo que pasara a su alrededor. Suspiró. Decisiones que se toman, o que va tomando la vida, con sus cambios de trabajo y de horarios, buscando la situación ideal, que nunca llega. No quiso pensar más en niños, ni en el futuro sin ellos. Se puso a contemplar la cocina. Al quedarse mirándola, Rocío recordó aquella cocina cuando era nueva, a estrenar, reluciente, casi con miedo a ser tocada. Recordó las ganas enormes de utilizarla, de empezar a disfrutarla; tocar, abrir aquí y allá, moverse de un lado a otro, sola o en compañía; y cómo fue completándola, añadiendo utensilios, poniendo cuadros y fotos, ocupándose y entregándose a todo ese proceso que consigue, con el tiempo, que algo sea tuyo. Al final la conoces, vas automáticamente a donde está lo que buscas. Haces las cosas mecánicamente, en una rutina eficaz. Hacía once años que se habían casado, amueblado la casa, empezado

a vivir, juntos. Después de estos recuerdos vinieron los del desayuno de los primeros años, que parecían coreografías, cada uno haciendo sus pasos sincronizado con el otro. Había cosas hechas a medias sin necesidad de hablar. Salió del recuerdo. Se quedó observando a Ángel, durante un instante. Los brazos en jarra. Inmóvil. Alguna otra ocasión, al principio, después de las limpiezas a fondo que se esforzaban en hacer los dos por aquel entonces, la cocina volvió a parecer nueva. Durante unos días, al menos. Volvió a suspirar. Ahora que recordaba mejor, puede que el fregadero llevara un tiempo que ya no funcionaba bien. El agua se movía más lenta, le costaba terminar de irse, y salía mal olor de vez en cuando. Claro que nunca había ocurrido lo de hoy.

Quién fue el último en fregar, preguntó Ángel. Rocío lo miró a los ojos, sin contestar. No sabía si iban a empezar a buscar un responsable, fregaste tú, no, yo no, tú. O a echarse las culpas el uno al otro, yo recojo siempre, yo limpio más, es que yo hago esto así que es mejor, pero como tú no quieres cambiar. Sin embargo, continuaron callados. Ángel con la vista puesta en el grifo, Rocío en todo lo que quedaba por hacer. De pronto ella pestañeó tres o cuatro veces, rápido, y frunció un poco el ceño.

Déjalo, dijo Rocío. Él la miró, todavía con la misma cara de incomprensión. La frente de ella se relajó, sus ojos se abrieron tranquilos y claros. Las obras, el seguro, los trámites burocráticos, carecían de importancia. No había nada que hacer. Déjalo, repitió Rocío de un modo, al mismo tiempo, rutinario y devastador. Y al repetirlo un gorgoteo en la tubería comenzó a moverse, forzando su cuerpo de aire a través de metal y de líquidos y residuos, provocó un ruido muy parecido al primero, pero más fácil de reconocer, y una última burbuja terminó saliendo como un estertor.

UN DOS TRES

Borja Rodríguez

Tengo agorafobia. Esto me podría haber pillado en el trastero o en el armario de casa (sí, me meto ahí después de una crisis), pero no, tuvo que ser en la calle. A mí, que necesito andar con pasos cortitos y rápidos y así no pisar las rayas de las baldosas y, a la vez, esquivar a las criaturas de entre cuatro y siete años amotinadas en el parque.

En eso estaba, tratando de calcular la fuerza con la que debía empujar al crío, que miraba hacia atrás mientras venía corriendo hacia mí, cuando empezó a oírse un sonido de corneta seguido de una voz por los megáfonos que habían colocado después de la última pandemia:

«Por orden del Gobierno Central, desde este momento, el país vuelve a estar en estado de alarma. Deben permanecer en el lugar en el que se encuentran. Seguiremos informando. Buenas tardes».

En la anteúltima pandemia aprendimos que debíamos obedecer. En la última, que era más fácil quedarnos en la calle y contagiarnos, y que fuéramos cayendo los que tuviéramos que caer, el destino estaba escrito. Por eso, a nadie le extrañó demasiado aquel anuncio. Aun así, nos quedamos congelados, inmóviles, como en aquel juego en el que uno de los individuos se ponía frente a la pared y empezaba a cantar *undostrescara*… Recuerdo que la primera crisis fue en esa misma situación. Estaba a metro y medio de distancia de la pared saboreando una victoria que aún no había llegado, buscando el momento. El niño maldito empezó a darse la vuelta cuando aún le faltaba media frase por acabar. Hizo trampas, *bimbomban*. Me pilló justo en el momento en el que tenía la pierna en alto.

Ahora estaba en la misma situación, sin duda. Era como si aquella voz me hubiera visto salir de casa, como si supiera que estaba de vuelta. Con un pie apoyado y el otro en el aire. Tal vez os preguntéis cómo me recomendaron atajar esas situaciones. Nada de lo que me dijeron me sirvió.

Pero pronto aprendí que, si alguien me abrazaba con fuerza, el círculo se cerraba, el aire no se escapaba por todos lados.

2060

Feli Cruz

No fue una sorpresa, sabía que iba a venir. Había esperado, inquieto, a que Carver se presentara ante mi puerta. Pero me encontraba lejos de su órbita, lo suficiente, como para saber que se demoraría. Durante la espera, creo que fueron meses, me había dedicado a ocultar parte de los informes sobre mi investigación. Carver no debía sospechar. Le había conocido tres años antes. Por aquella época no sabía mucho de él, y lo que averigüé no me auguró una buena conexión. Ambos trabajábamos para la R.G.P, *Robotics and Genetics Programme*. Él, en la planta décimo quinta, robótica; yo, en la décima, genética. Aquella mañana nos reunieron en la veinticuatro: había que completar *El Proyecto*. En el apretón de manos me transmitió una férrea frialdad. Sus analíticos ojos se clavaron en los míos, me sentí escaneado. Tras cuatro arduas horas terrestres, se decidió mi traslado: el aislamiento a un mundo natural desconocido para mí.

Tres años después, la R.G.P sospechó que algo en mí no funcionaba y, decidió enviarme a Carver. La Organización consideró que podría haber sido afectado por algún virus desconocido, además, había permanecido aislado demasiado tiempo sin un reconocimiento profundo. Era cierto que mientras estuve, la voz de mi ordenador y, las conexiones esporádicas que mantenía con mis superiores, a través de la red, fueron mi única compañía. Yo no me sentí sólo. La causa por la que enviarían a Carver era muy diferente. Sucedió algo inédito: en una de esas conexiones, mientras argumentaba mis recientes experimentos, algo me frenó, sentí un fogonazo de imágenes y, voces internas. La descarga me dejó inmóvil frente a la pantalla holográfica: intentaba comprender. El rostro de mi interlocutor me reclamaba más datos. No pude… no quise darlos. Corté la conexión. Nunca había hecho algo así. Mi mirada autómata se dirigió hacia los ventanales buscando respuestas a preguntas que antes no me hubiese planteado. Choqué contra una barrera en forma de escarcha adherida a los cristales deformando el paisaje en manchas imprecisas. Las ráfagas de viento gélido arremetían frustradas contra la

estructura de titanio. Gaia hablaba. Me pareció escuchar el lamento del bosque: una muchedumbre de árboles de ramas indefensas, voces en un idioma que ya no era incomprensible para mí. Me hablaron de la crueldad de nuestros actos. De la transformación genética que habíamos impuesto. Por primera vez, me compadecí de ellos ¿Qué estábamos haciendo? Y me pegunté quién era yo.

Carver llegó. Desde dentro oí como introducía la clave de acceso. Debí suponer que la Organización se la había entregado. La puerta se deslizó lateralmente con un silbido apenas perceptible. A primera vista no aprecié ningún cambio en él. Le sugerí, servicial, que se quitase el abrigo. Ladeó la cabeza frunciendo las cejas, con una expresión de desconfianza y extrañeza. Le ofrecí asiento señalando la butaca ergonómica. Yo me senté frente a él esperando a que expusiese las órdenes de la R.G.P.

—Sabes a qué he venido, ¿verdad? —preguntó incisivo.

—Supongo que ha revisar si sigo siendo funcional, y lo soy. Lo de cortar la conexión fue algo transitorio. No ha vuelto a ocurrir. Creo que la R.G.P te ha hecho venir hasta aquí para nada.

—Por lo que escucho, tenemos un problema mayor del que pensaba.—Se levantó iracundo hacia mí— Los androides no cuestionáis más allá de vuestra programación —añadió colérico apretando con su dedo índice el espacio entre mis dos cejas.

—¿Y si hubiese evolucionado? —me arrepentí de inmediato de haber dicho eso. Podría haber sido una pista de lo que había estado desarrollando.

—¿Qué? Tendré que abrirte el cráneo para ver lo que ocurre ahí —dijo señalando mi cabeza.

Por supuesto, no pensaba dejarme abrir nada. La última vez que lo hicieron me desperté en plena intervención: mis cables venosos colgaban por encima de mi frente, noté cómo el plasma espeso y ámbar me goteaba por el rostro. Intentaron borrarme ese recuerdo, y muchos otros. ¿Que por qué lo sé? Porque lo recuerdo. Aunque eso no me lo puso más fácil.

Carver estaba en lo cierto, los androides, hasta entonces, no habíamos cuestionado a nuestros superiores. Pero yo fui creado para manipular las formas de vida, y cuando tuve el conocimiento suficiente, lo hice con la mía.

Y surgieron las mismas preguntas de las pasadas generaciones humanas. Y la necesidad de libertad. Y la vida y la muerte se hicieron presentes. Después de todo, tenía conexiones neuronales similares a ellos.

Y yo veía cómo Carver, henchido de grandeza, se dirigía hacia el ordenador.

—Informaré a la R.G.P de inmediato —y me dio la espalda.

Me estaba amenazando escudado en la Organización. Él me consideraba un ser inferior, creado para obedecer cualquier orden sin cuestionarla. Sin capacidad para defenderme. Y no sospechaba que en ese preciso instante prevalecía dentro de mí el instinto de supervivencia.

Me sorprendió ver cómo mi mano enganchaba su cuello, cuando estaba sentado de espaldas frente al ordenador. Un golpe metálico contra la mesa retumbó en las paredes amplificando el sonido. Carver se llevó las manos a la cabeza. Giró hacia mí desconcertado, el pánico en sus ojos mientras observaba sus manos manchadas de un plasma espeso y ámbar.

MIRADA DESDE LA VENTANA

Isabel Bilbao Ortíz De Guinea

Por la mañana en la cocina, a través de mi ventana veo el árbol. Lo he visto siempre, un árbol que ha crecido conmigo. Al que no he hecho caso. Será de alguien, pero no mío. Será la casa, el nido, el refugio, el amor de los pájaros. Y qué cosas, a los pájaros, precisamente a ellos, les digo: hola, guapos. Ni se enteran, bueno sí, porque vuelan a cobijarse bajo una hoja, un brote. Parecen minúsculos ante la potencia del árbol. Encerrados en su misma casa. Con las alas plegadas, sumisos. La hoja le protege del sol, le da cobijo. Independencia dependiente del árbol. Y este, como madre que arropa, libera sus ramas, expandiendo los brotes en frágiles ramitas. Haciendo hueco, lugar y expansión de todo aquello que quiera esconderse ante el depredador coronado virulento.

Tomo un sorbo de café y veo un conejo escondido entre las ramas. Orejas tiesas y patitas delanteras pequeñas y nerviosas. La brisa las mueve. Parece que quiere saltar. Y sí, porque arriba tiene un dragón de boca grande y alargada. Ojos pequeños que parpadean dando haces de luz. Levanta la cabeza y su boca se abre y se cierra una y otra vez. No se inclina tanto como para alcanzar al conejo. No quiere alcanzarlo.

Mordisqueo el pan tostado y veo a un samurái. ¡Qué grande! ¡Qué potente! La espada extendida. La cabeza enorme, proporcional al cuerpo cuadrado y cubierto de miles de reflejos. El brazo y la espada oscilan como una balanza de justicia sobre la cabeza del dragón. Quiere alcanzarlo. No lo alcanza. No puede.

Un sorbo más. Parpadeo. Veo el árbol. Es el de siempre, el de todos los días. ¿Qué he visto? Es un árbol. No es un río donde el agua corre y cada día es distinta, aunque el cauce sea el mismo. Un árbol y un caballo. Ahora veo al caballo que empuja al samurái. Con el morro y la testuz le va dando golpes acompasados. Y con cada uno de ellos lo eleva y lo engrandece. No es grande el caballo. No parece una amenaza. Me olvido de ellos.

Miro desde la ventana y veo un árbol. Se desdibuja completamente porque el viento se mete entre sus ramas, las esponja, las dobla, las humilla. Ha despachado a todos los intrusos que tenía cobijados. Se yergue. Se esponja. Se sacude como un perro de lanas que sale del agua. Un árbol. Y un conejo. Lo veo. Pequeño. Agazapado. Alerta, con orejas grandes e inquietas. Las patitas delanteras uniéndose a la cabeza y separándose. Resistiendo. El árbol. El conejo. El viento. Los tres en competición. El viento sopla. Ruge. Bambolea de un lado hacia otro las ramas. Descansa e insiste. Toda la mañana. Hacia el mediodía para y llueve. Me sobrecojo con el árbol. Ha adelgazado, no le ha sentado bien tanto zarandeo. Es un viejito escuálido y encogido. Solo veo hojas pegadas a las ramas. Un verde oscuro que llora. Quizás por mi pena. Quizás porque es demasiada el agua que recibe. Quizás, siempre quizás, porque donde hay mentira, cuesta que aflore la verdad.

Por las mañanas desde mi ventana, durante estas semanas, voy siguiendo al árbol. Distingo al conejo, que no me parece tan pequeño. Ha crecido. Ahora es un canguro. Las patas delanteras se han independizado y parece un boxeador. Un superviviente. Todo ha cambiado. El dragón se ha achicado. Parece un perro que quiere saltar sobre el canguro. Y el samurái se ha convertido en un oso. Grande, fuerte y potente que espanta a todo pájaro que se posa sobre sus ramas. El águila lo mira de cerca. La hiena se abre paso con sus fauces abiertas. Esperando un fallo. Que la mirada aguda y alerta del águila, se fije en una presa más débil. Ese será su momento.

Y entre sorbo y sorbo, la mirada y el árbol, este se va transformando. La vida sigue, el asfalto espera, el cielo está azul y el sol luce espléndido. Los coches circulan, el canguro escapa. El perro desaparece y el oso se marcha. El águila sigue alerta y la hiena escapa.

Y entre

sorbo y sorbo

la mirada y el árbol,

que se va transformando...

La vida sigue, el asfalto espera,

el cielo está azul y el sol luce espléndido.

Los coches circulan, el canguro escapa.

El perro desaparece el oso se marcha.

El águila sigue alerta en lo alto

y la hiena escapa.

Para

Leer

En el

Taller de

Relatos en

L E I O A

MICRORRELATOS

CRUZAR EL MAR ROJO

Elvira Alonso Lasen

Cuando se abrieron los mares, mi hermana y yo estábamos al fondo del armario, donde las tormentas llegaban más calmadas. Allí ahogábamos los truenos, los sometíamos metiendo la cabeza entre gruesos abrigos. Nos sacaron justo a tiempo de ver cómo se alzaban, imponentes, las aguas, y vimos salir a nuestro padre en camilla, tapado con una sábana, y tras él, victoriosa, atravesando ese pasillo de paredes acuáticas, nuestra madre, esposada, con el camisón sucio de sangre, prometiéndonos volver.

EL TATUAJE QUE NO ME HICE

Juan Iturbe

Dicen que cuando pierdes un miembro del cuerpo, te sigue doliendo. A mí me duele el tatuaje que no me hice. Para hacer mi tesis de antropología, me integré dentro de un grupo de maoríes. Allí conocí a Naimä, que quiere decir *Cielo en Calma*. Para mí, significó un ciclón. En cuanto me vio, me eligió. Metió a empujones la alegría en mí y fui feliz. Un día, sin más, me dijo que nos casábamos. Claro, ¿por qué no?, pensé.

La ceremonia incluía hacernos un tatuaje, un rito de extrema importancia en su cultura. Naimä se tatuó en la espalda una tortuga, símbolo

del hogar. Yo iba a hacerme un gran sol, que me cubriría la parte izquierda del pecho. Pero cuando vi los instrumentos tradicionales para tatuar, me angustié. ¿Dónde me estaba metiendo? Conocía a Naimä desde hacía solo dos meses, y allí, delante de toda su sonriente tribu, dudé y entré en pánico. Hui.

Han pasado muchos años, terminé mi tesis en otro campo y formé una familia. Contemplo con frecuencia el cielo en calma a través de la ventana. Y me llevo la mano al pecho, preguntándome cómo me hubiera quedado el tatuaje, preguntándome cómo hubiera sido vivir con Naimä. Preguntándome.

LA MOSCA

Isabel Bilbao Ortíz De Guinea

Alas de tul, oscilantes e inquietas que brillan al sol con matices de arco iris. El equilibrio está en las alas. Succiona ajena a la brisa, al ruido, al aroma. Y cuando el sol cae, se infla, ahueca sus alas, destellan sus colores sobre la defecación de la vaca.

LA SEQUIA UNIVERSAL

Ricardo Egiguren

Nadie avisó que fuera a ser pertinaz, que continuaría semana tras semana, mes tras mes, sin atisbo de cambio, e implorando su llegada y con el sufrimiento en el cuerpo, los humanos se aferraron a sus creencias. Por fin, al cabo de un tiempo, una persona, solo una, pudo alumbrar un pensamiento creativo.

NOCHE DE VERANO

Itziar Elexpuru

Era la noche de San Juan. Como todos los viernes llegué a casa muy tarde. Mi mujer me esperaba sentada a oscuras, de espaldas a la ventana donde ya se anunciaba la fiesta.

—Los niños han ido a la hoguera del barrio con los vecinos y yo no quiero seguir más así —me dijo.

La alegría encendió la noche con sonoras tracas de cohetes y fuegos. Los niños volvieron oliendo a humo y nos llenaron de besos de chocolate.

BELLÍSIMA

Laura Iglesias Arrojo

Marilyn interpretaba a la corista con un aire entre pícaro y pueril.

—¡Corten y fin! —gritó Laurence Olivier, aliviado. Y continuó en un susurro— Es insoportable, aunque irresistiblemente atractiva.

El equipo rompió el silencio con una ovación. Al oír los aplausos ella fue más Marilyn que nunca, dando las gracias, lanzando un beso aquí, una sonrisa allá. El director se le acercó, cogió su mano y se la besó. Ella se dejó hacer.

—¡*Cursum perficio*, puñetero británico narcisista! — y tropezando con la mirada de su asistente, a quien guiñó un ojo, Marilyn abandonó la escena.

EL BESO

Ricardo Egiguren

Antes de que ella dijera nada, y solo con mirarla, una gota de sudor comenzó a descender por mi frente atravesando la ceja, y discurrió hasta que se acurrucó en el lagrimal. No intuí que los meses de confinamiento iban a alterar de esta manera mis sentidos: las palpitaciones, el calor de los pómulos, algo estaba a punto de suceder; el bienestar en mi corazón había llegado a través de su beso.

AL OTRO LADO

Eva Rivas

La sangre avanzaba por las baldosas del suelo de la cocina. Elsa, paralizada, la contemplaba acercándose a la punta de sus pantuflas como un río de lava que terminaría por engullirla. Soltó el cuchillo, que cayó al suelo junto al cuerpo inerte de él. Al otro lado se veía la puerta de la calle. Solo tenía que cruzar.

AMOR A LA LITERATURA

Laura Iglesias Arrojo

Con la inmensa biblioteca de su abuelo tendría para un año. Eligió el libro gordo, de tapas rojas y sugerente tipografía y lo colocó encima del plato.

SIEMPRE HAY UNA EXCUSA PARA SALIR A BEBER

María José Bebia

Me ha dicho que me vaya, que no quiere más excusas, que ya no me da más oportunidades, que lo he vuelto a estropear… Tengo que olvidarlo; voy al bar.

RUPTURA

Josu Santa Cruz Cenitagoya

Tenía asumida la decisión de romper. Sabía que me convenía, pero no calculé bien la importancia del chihuahua y de la Harley. Fueron unos meses muy duros. No por levantarme solo. Era por ver todos los días las fotos de la Harley en las paredes de mi habitación, el casco en un rincón, y verme obligado a cambiar el rugido potente de su motor por el aburrido traqueteo del metro. Y, además, al volver a casa, tenía que sacar a pasear al insípido chihuahua.

Al principio parecía un buen acuerdo, todo al cincuenta por ciento. Y funcionó con los cuadros, los muebles, los vinilos… pero se torció por nuestros grandes amores: mi Harley y su chihuahua. Pensamos en hacer un sorteo, y que la suerte decidiera. La suerte acompañó a Adela, que eligió la Harley. No importaba que no la condujera, que le tuviera un pánico terrible; ella pensó que, de esa manera, yo pagaría caro por la ruptura. Mi orgullo me impidió negociar o tratar de convencerla. No teníamos una crisis de amor, tampoco nos echábamos de menos, pero la situación era insostenible. Simplemente, yo no podía vivir sin mi Harley y Adela adoraba su chihuahua.

Y tuvimos que ceder. Ahora duermo bien con Adela, porque sé que por la mañana me espera mi Harley.

MADRUGADA

Miguel Parra

Se levantó, se vistió, preparó la mochila guardando algo de comer y la munición. Con el arma al hombro, besó a su mujer, y le dijo:

—*Ciao, bella… ciao.*

EL PARQUE DE LOS CALLADOS

José Manuel Rodríguez

Cuando regresé a casa me preguntó mi mujer de dónde venía. Le dije que del parque de los callados. Me dijo que el patio de los callados es el cementerio, y que no sabe qué se me pierde a mí allí. Me entendiste mal, te dije del *parque de los callados*. Es el parque donde hay pequeños grupos de chavales con tabletas que no son de chocolate, porque nadie come, las miran mucho, pero nadie habla. Mi hija escuchó la conversación y se echó a reír:

—Papá, una Tablet de esas es como la que yo tengo.

—Ya, pero tú por lo menos hablas.

LITERATURA

Isabel Basurto

Creía en el amor como creen los poetas jóvenes y dolientes. Amaba las historias reales e imaginadas. Personajes valientes, desgraciados y perdedores. El mundo en su cabeza, la pluma en la mano y el papel, su amante, creaba su verdadero amor, y la vida estallaba.

UN ACUERDO

Eva Rivas

Tras el rescate nunca hablarían de ello a nadie. ¿Cómo aceptar lo que uno está dispuesto a hacer cuando el hambre te nubla la razón? ¿Cómo explicar que no habían tenido otra salida? Era bien sabido que al difunto no le gustaba *alimentar* rumores.

NOCHE DE VERANO

Miguel Parra

El calor no le dejaba dormir, y puso la obertura de Felix Mendelssohn, a ver si así, lo conseguía.

EN EL LAGO

Ricardo Egiguren

Cuántas noches había soñado con una tarde tórrida como aquella en el mes de septiembre acariciando sus bucles castaños, y observando el lento y suave parpadeo de sus inmensos ojos grises, que me miraban... Cuántos momentos de ternura sin cesar transcurrieron en aquel lago, hasta que saliendo del estado de absoluta placidez en el que me encontraba, me di cuenta de que la preciosa cabeza que había estado acariciando se deformaba, como un trapo entre mis manos.

NACIMIENTO

Isabel Bilbao Ortíz De Guinea

Es un grito, un todo, una novedad, un llorar como maullar. Y se agota, ha llegado sin nada, y todo es de él.

DESPEDIDA

Josu Santa Cruz Cenitagoya

Su rostro estaba sereno, su belleza no necesitaba ningún retoque ni maquillaje. Mientras la observaba, tan callada, supe que era la mujer de mi vida y, como siempre, quedé prendado de su belleza.

Su sonrisa me acompañó en mis juegos y me reconfortó cuando llegaba el llanto. Pronto vio que no seguiría sus pasos, ni sus creencias y aceptó que caminara solo, sin su manto protector. Su imagen y enseñanzas nunca me abandonaron y siempre rivalizó con todas las mujeres que conocí. Luego la vida nos separó y disfruté poco de ella.

Y ahora cuando la tenía de nuevo, solo para mí, vi cuánto la quería y qué importante había sido en mi vida. Eso pensaba yo, mientras la miraba por última vez antes de que se la llevaran en el féretro.

LA FÁBRICA

Itziar Elexpuru

Después de dos meses de cierre patronal, nos concentramos en la entrada de la fábrica silenciosos y esperanzados. Pero cuando salieron los sindicalistas enarbolaron banderas con los puños en alto al grito de «hay que seguir luchando».

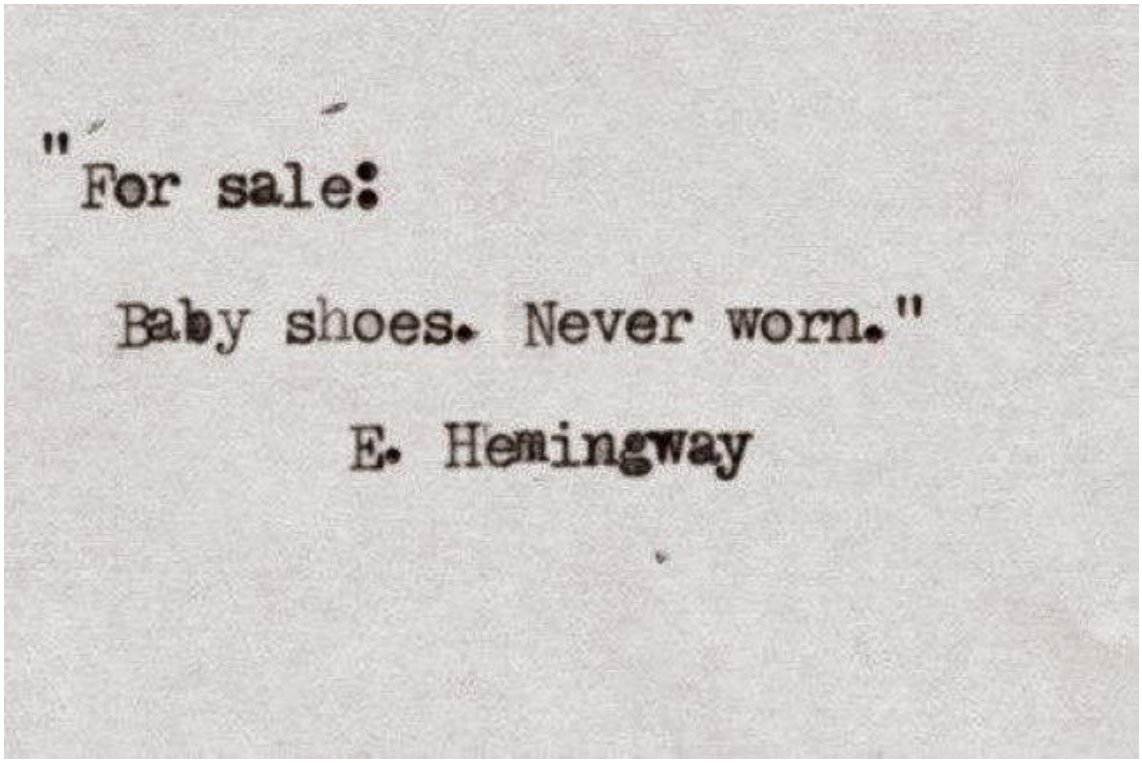
Como cada noche, mis hijos sentados a la mesa me miran expectantes ante sus platos vacíos, mientras mi mujer en los fogones inventa la cena.

FIN DEL ÚLTIMO ACTO

Feli Cruz

Esa mañana, como tantas otras, los pasos rompieron el silencio perpetuo del piso hasta llegar a la cocina. Entre sorbo y sorbo del café hirviente, se detuvo a observar la cuadrícula de cielo atrapada entre los bloques de edificios. Recorrió las habitaciones pensando qué hacer para quebrar la línea recta de la monotonía. Y su mirada tropezó con aquel jarrón que nunca encontraba su lugar. Lo cogió. El jarrón se le escurrió de las manos, lo vio caer y estrellarse contra el suelo. El estruendo la sacudió por dentro. El resto del día lo ocupó en pegarlo primorosamente. Apenas le quedaban dos pedazos por colocar cuando cayó en la cuenta de que ya no servía para adornarlo con flores frescas: el agua se filtraría por las heridas. Retuvo el último pedazo en la mano, había tomado una decisión.

VARIACIONES SOBRE HEMINGWAY


"For sale:

Baby shoes. Never worn."

E. Hemingway

SE VENDE
Vendo zapatos de bebé. Sin usar.
Ernest Hemingway

SE VENDE

Mari José Bebia

Una ilusión con vistas al futuro y un rincón de amor, por no poder cuidarlo.

SE VENDE

Laura Iglesias Arrojo

Colgué el cartel en mi alma. Pronto vino a visitarme el diablo.

SE VENDE

Itziar Elexpuru

Collar de perrita de cuero rojo con incrustaciones de *Swarovsky*. Se regala correa del mismo tono. Abstenerse domadores.

SE VENDE

Elvira Alonso Lasen

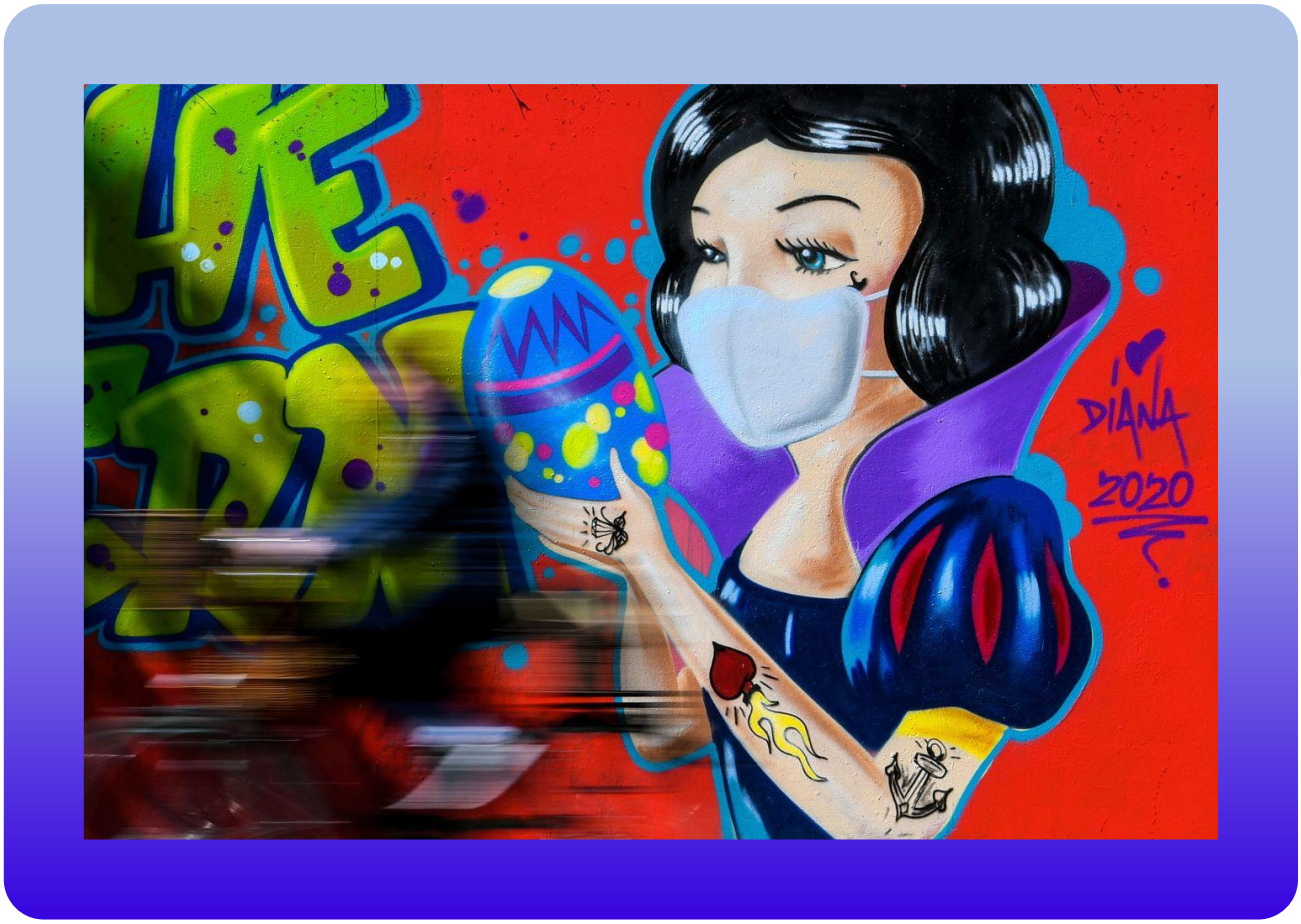
Decidieron quedarse con ella. Después, semana tras semana, se dedicaron afanosamente a reparar grietas, a restaurar, a tender cable donde no lo había, para después pintar, enlucir y ya, al final, barnizar. Luego, tomando distancia, estudiaron la perspectiva a conciencia. Primero, desde un ángulo, después desde el opuesto, y así estuvieron un tiempo, yendo y viniendo. Finalmente, se miraron durante un instante, salieron cerrando la puerta con llave tras ellos, y jamás volvieron.

SE VENDE

Pedro A. Jiménez

Teníamos dos plazas de garaje. Quise vender una —solo teníamos un coche—, la vendí, pero Bibiana no estuvo de acuerdo. En el proceso de divorcio, el juez decidió: para mí, el coche; para ella, la plaza de garaje.

DICCIONARIOS EN LA PANDEMIA



DICCIONARIO IMAGINARIO DEL CONFINAMIENTO

Josu Santa Cruz

Aplanar la curva:

Pensemos en algún artefacto impulsado. Consideremos el lanzamiento de un cohete espacial tripulado y con problemas técnicos. Al comienzo, la trayectoria de la curva es ascendente y su trayectoria vertical le aleja de la tierra, lo que hace más difícil el rescate de la tripulación e interesa que el vuelo vertical finalice. Es vital cambiar su trayectoria, las instrucciones son claras, desconectar los motores y los tanques de combustible. Realizadas las maniobras poco apoco se va perdiendo la verticalidad, se controla vuelo del cohete, el ángulo declina y el avance se aplana con más o menos velocidad. La trayectoria ha variado y el cohete se ha transformado en un avión que planea, pero aun con capacidad de vuelo. La duda es cuanto avanzara ante de caer y es vital que sea pronto para aumentar la capacidad de supervivencia de la tripulación.

Pensemos en un ejemplo humano, en la ascensión a una gran montaña del Himalaya. Al comienzo el cuerpo esta fuerte y eres capaz de ascender a plena potencia y el alpinista ve que progresa a gran velocidad y alcanza una considerable altura con rapidez. Luego las fuerzas van mermando y el ritmo se va parando. Desde el campamento base, alarmados por las horas transcurridas a gran altura, le ordenan que abandone la ascensión, que no ponga en peligro su vida y que inicie el descenso. Pero el alpinista duda, sabe que aún falta lo más duro para hacer cumbre, pero sabe que, si renuncia a hacer cumbre para lo que tanto ha peleado, su equipo perderá motivación para la vuelta y eso puede perjudicarlo.

Pico de la Curva:

Es como el punto G en el sexo un objetivo difícil de alcanzar y para lograrlo cualquier sacrificio es pequeño. Una vez logrado lo que uno desea es volver

rápido a la normalidad, recuperar la cordura y te empiezas a preguntar qué coño ha pasado.

Es el momento crítico del cambio. Para nuestra nave espacial, allí donde un cohete diseñado para recorrer el espacio sideral propulsado por grandes motores y navegar por el espacio durante años se ha transformado en un avión con apenas capacidad de planear y con capacidades muy limitadas. Es el precio a pagar por una ambición desmesurada y el único trofeo será salvar vidas humanas renunciando a la gran aventura.

Para nuestra expedición montañera es el punto del reconocimiento de las limitaciones humanas. Allí donde se renuncias a alcanzar la gloria para intentar mantenerte con vida.

Desescalada:

Es como la vuelta de la ascensión a un monte. Parece que ya lo tienes controlado y muy pronto estarás en el campamento base, pero según avanzas vas viendo que te quedan muy pocas fuerzas y que puede ser una parte muy complicada de la aventura.

De hecho, está demostrado que hay más bajas al regreso de las montañas que en la ascensión. Hay muchas razones, el exceso de confianza, la pérdida de un razonamiento claro por el mal de altura, el cansancio por la dureza de la ascensión.

Fase 0:

Es como estar en mitad del desierto sin brújula y con muy poca agua. Solo sabes que hacer todo el recorrido de vuelta a la normalidad va a suponer una aventura incierta y llena de dificultades. Lo único que quieres es progresar, que la aventura comience. Confías en que la situación mejore, quizá encuentres algún oasis o puede que aparezca alguna tribu de beduinos que vengan en tu auxilio. Aunque tampoco sabes si se trata de algún espejismo o alguna alucinación. Es como estar en el limbo. Un punto estático.

Plan de transición:

Puede llegar a tener la complejidad de la Teoría de la Relatividad. Sabes que tiene conceptos difíciles de interpretar, tal vez nunca llegaras a descifrar el auténtico sentido. Al ser muy difícil de entenderlo en su totalidad, desistes de leerlo.

DICCIONARIO DE LA CUARENTENA

María Jesús Sánchez Tellaeche

Ansia:

Malestar físico, a veces se manifiesta con dificultades respiratorias. Covarrubias da una explicación de esta falta de resuello apelando a la prisa del deseo. La congoja es una especie de tristeza; el ansia es deseo, pero también angustia. Todos provocan intranquilidad, agitación e impaciencia.

A mediados del XIX apreció la palabra ansiedad "estado de inquietud y zozobra de ánimo" (DRAE, 1899). Parece que el malestar del ansia está producido por la impaciencia del deseo y el temor de no poder saciarlo. Se nos presenta aquí la cara oculta del deseo. El deseo es impaciente, intranquilo, desasosegante, impaciente. Con significados añadidos de codicia, deseo ardiente e inmoderado. El anhelo se ha convertido en avidez. *Anhelo, ansia, afán, avidez* son palabras que comparten parte del significado de ansia aportando otros matices. Relacionado con el significado de ansia es *afán,* que es un deseo vehemente de conseguir algo y el esfuerzo que se emplea en conseguirlo.

Bulimia:

El deseo insatisfecho, el anhelo no conseguido e imposible de alcanzar se orienta hacia la comida. La satisfacción inmediata aplaca momentáneamente el desasosiego y, además, es muy fácil de satisfacer, está muy cerca: en la nevera.

Cansancio:

MM lo define como "gastar las fuerzas físicas un trabajo o esfuerzo". Añade como sinónimo *fatiga.* Este término está relacionado con experiencias de sentirse destruido, anonadado por una calamidad. La podemos relacionar con el momento actual que vivimos que estamos sujetos a una fuerza oculta que nos zarandea, invade y maneja a los indefensos seres humanos.

Desánimo:

La falta de ánimo, de energía, de valor, de las ganas para actuar. Desaliento, decaimiento, descorazonamiento, desfallecimiento son los términos de una misma familia de sentimientos y que nos llevan al término desmoralizar y éste sí tiene un componente espiritual, de paso de lo físico a lo espiritual. La asociación de sinónimos nos lleva a los antónimos y a la expresión de *tener mucha moral*, es decir, la capacidad para permanecer firmes en las más diversas circunstancias, como la que estamos pasando y, por tanto, necesitamos mucho ánimo, valor, coraje, firmeza y decisión. Ahora qué prevalezcan los antónimos.

Esperanza:

Anticipación agradable sin confirmación ni desmentidos. Los significados que asociamos son los de alivio, e incluso triunfo y satisfacción si esa anticipación está realizada.

DICCIONARIO COLECTIVO DE LA PANDEMIA de la A la Z

Abrazo:

Maniobra antihigiénica de aproximación a un ser humano.

Peligro inminente.

Arma peligrosa que te puede matar

Aislamiento:

Isla de sufrimiento.

Alarma (Estado de):

Lo que ha hecho Pedro Sánchez para encerrarnos en casa.

Alcohol 90º:

Producto desaparecido

Ambulatorio:

Lugar de peregrinación.

Anciano: Víctima. Miedo

Asintomático:

Ser que vive feliz en la ignorancia de ser portador de desgracias.

Balcón:

Atalaya urbana generalmente pequeña.

Escenario de showmans y cantantes

Escenario artístico. Patio de butacas de la ovación. Atalaya del censor.

Sitio para tomar el aire y aplaudir a las ocho.

Teatro. Concierto.

Baño:

Spa. Lugar de estética.

Bar:

Lugar que cerrarán, uno de cada cuatro.

Basura:

Bien en disputa por llevarla al contenedor.

Beso:

Bien para confort del corazón, disponible en versión anti riesgo en exclusiva para convivientes (ver más abajo).

Arma peligrosa, también.

Bulo:

Noticias falsas y mentiras que sueltan para confundir

Calle:

Parque jurásico.

Casa:

Refugio personal o grupal. Se considera bunker si no tiene luz ni terraza ni balcón. Nuestro pequeño mundo. Seguridad.

Cine:

Otros que cerrarán por el *streaming* de la televisión.

Coche:

Reliquia de otros tiempos.

Cocina:

El súper.

Cogobernanza:

Mandan dos en vez de uno.

Colas:

Algo que hay que hacer para que no te tosan encima en las tiendas.

Compras (ir de):

Espíritu de Indiana Jones. La jungla.

Confinamiento:

Microcosmos limitados por una puerta con llave, en el mejor de los casos.

Separación de muchos matrimonios. Unión de muchos padres con sus hijos.

Encerrarse en casa, solo puedes salir para comprar comida.

Convivientes:

Personas cocinándose en un mismo recinto de confinamiento.

Coronavirus:

El innombrable omnipresente. El enemigo invisible. El bicho.

Covid-19:

Segundo nombre del bicho.

Cuarentena:

El tiempo que hay que estar encerrado, pero ya es *sesentena*.

Derechos:

Lo que nos ha quitado el numero 1 (estado de alarma).

Desescalada:

Volver a acostumbrarte a lo que nunca querías haber dejado de hacer. Normalidad de pasos limitados.

Distancia:

Limite que la gente no respeta.

Distanciamiento social:

Postura que a dos personas permitiría bailar correctamente una sardana.

Ecología:

Lo que hemos ganado en aire puro por no usar el coche.

Epidemia:

Lo que hace el bicho saltando de persona en persona, pero a nivel de país.

Equipo de protección:

Distintos tipos de materiales diseñados para cubrir todo aquello que no cubre la ropa impidiendo así las salpicaduras. No confundir con burka.

ERTE:

Te mandan a casa del trabajo para que no contamines ni te contaminen.

Escalera:

Gimnasio.

Espacio:

Bien siempre insuficiente.

Farmacia:

Protección sin existencias.

Fernando Simón:

El profeta. El mago

Fiesta:

Lo que se organiza durante el confinamiento a pesar de estar prohibido.

Footing:

Correr como locos para desahogarse de tanto tiempo encerrados.

Franja horaria:

Toque de queda.

Fútbol:

Los presentadores de noticias están locos por hablar de eso, hartos del bicho.

Garaje:

Polideportivo.

Geriátrico:

Casa del terror donde el innombrable ha campado a sus anchas sabiéndose sin vigilancia. Sitio donde han muerto muchos mayores.

Gimnasio:

Lo que tenemos en el salón y el pasillo de casa para hacer deporte.

Globalización:

Para todo el mundo, el bicho, demócrata él, ha dicho: “para todos igual”.

Grupos de riesgo:

Nueva clasificación social donde debes auto etiquetarte. Pendiente aún del reparto de colores para las estrellas de cada colectivo.

Guantes:

Arma letal cuando los pisas en el suelo del supermercado.

Habitación:

Mi bunker.

Harina:

Eso que buscas y no encuentras en las tiendas; todo el mundo está haciendo pan en su casa.

Higiene de manos:

Sensación de tirantez en la piel por frotamientos continuos y exhaustivos con agua y jabón necesarios para ahuyentar el mal.

Homenaje:

Lo que se hace a los pobres sanitarios todos los días a las ocho.

Hospital:

Lugar de peregrinación.

Industria:

Lo que se ha parado para que el bicho no se propague.

Inmunidad:

Estado acorazado de empoderamiento que toda la humanidad ansía alcanzar.

Insolidario/a:

Toda persona que se salta las medidas sanitarias.

Jabón:

Arma de destrucción masiva del innombrable que en forma sólida o líquida actúa disolviendo sus agarraderas.

Lo que hay que usar mucho para mantener al bicho a raya.

Jardín privado:

Espacios verdes de unos pocos.

Kilometro:

Patrón de medida no tensable para la distancia máxima que debe separarnos del confinamiento en el tiempo de paseo.

No puedes irte de tu casa más que a esa distancia.

Lejía:

Preciado líquido mágico que diluido en un poco de agua se ha convertido en un antídoto casero y barato convertido en obsesión en la mayoría de sus usuarios.

Levadura:

Lo que hincha las masas cuando el confinamiento nos desinfla el alma.

Producto estrella de todos los pedidos.

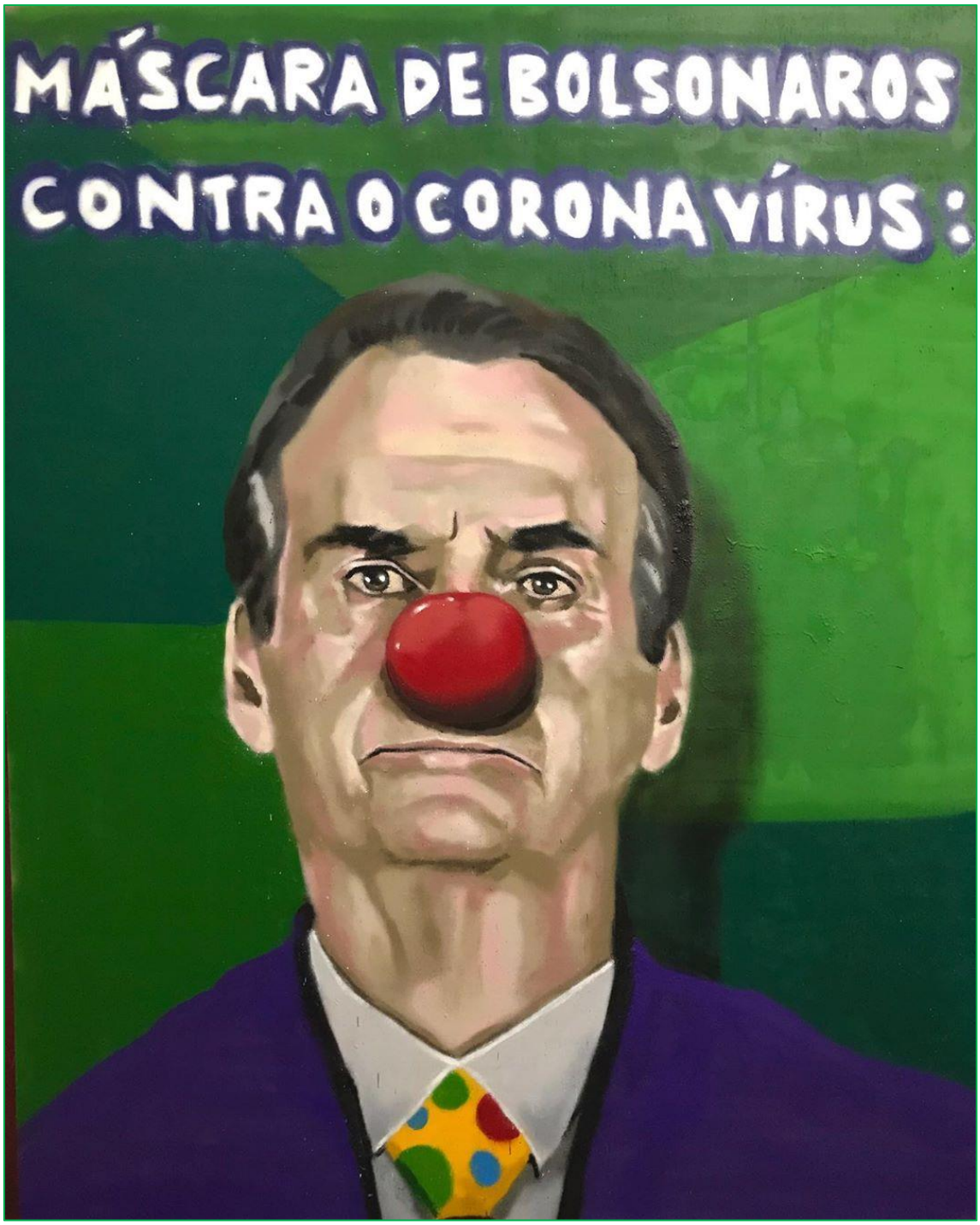
Junto a la harina hacen pareja inseparable.

Libro:

Refugio mental. Ventana al mundo siempre abierta.

Máscara:

El quitamiedos.


MÁSCARA DE BOLSONAROS
CONTRA O CORONAVÍRUS :

Mascarilla:

Armadura.

Elemento de protección individual de alto precio, como su nombre indica: *más carilla*.

Aparato que te pones en la cara para que no te entre el bicho.

Nos reíamos de los turistas japoneses, y ahora maldita sea la gracia. Utensilio para disimular sonrisas

Morgue:

Almacén o pista de hielo donde se deja a los muertos.

Municipio:

El distrito.

Niños:

Ángeles y demonios.

Nueva normalidad:

Estado futuro en el que cuando contemos lo que era la normalidad nos llamaran abuelos batallitas.

Lo que viene, la nueva forma de vivir, no nos tocaremos ni con un palo.

Online:

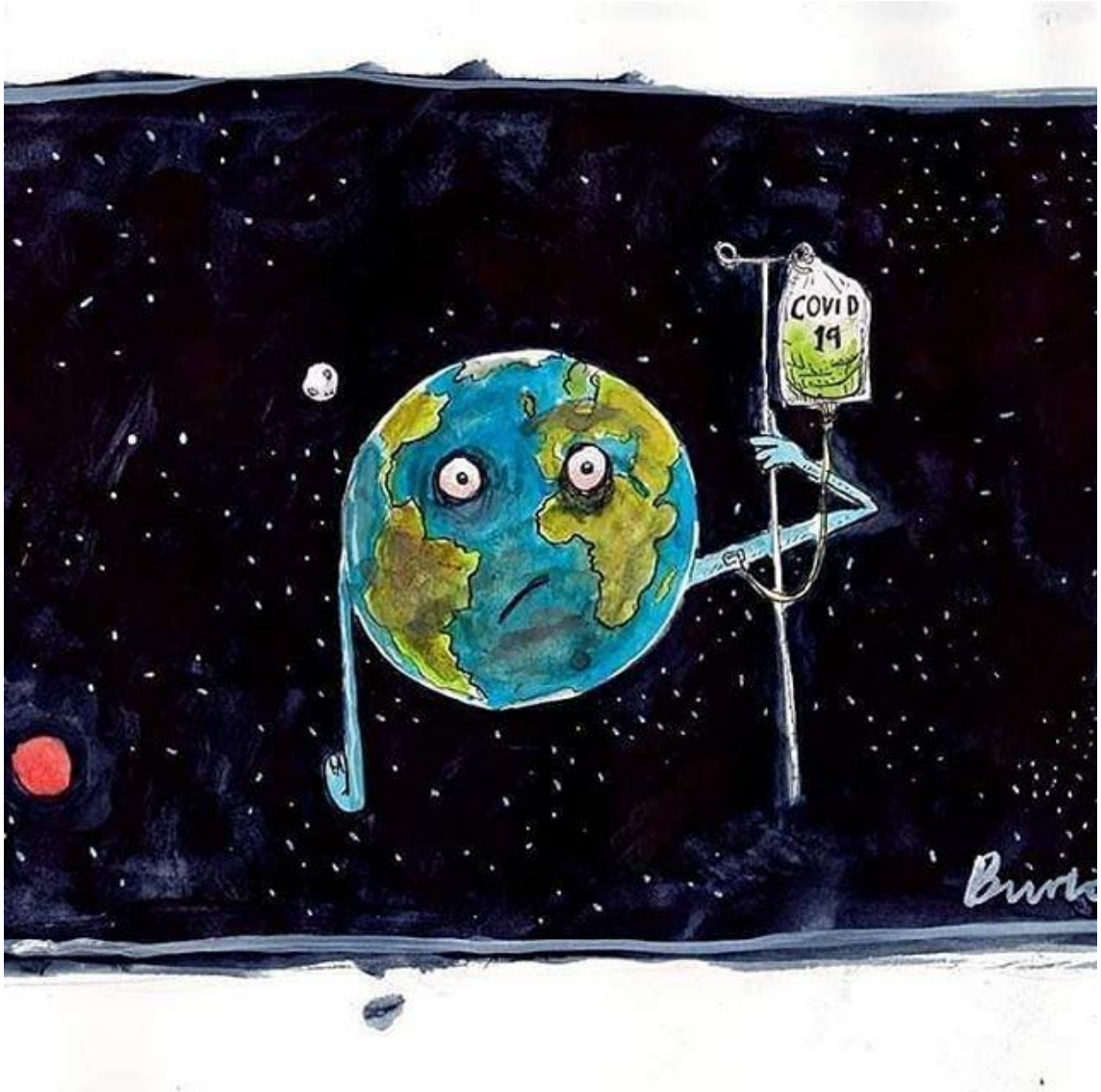
Es el futuro de las relaciones interpersonales, para no contaminarnos.

Pandemia:

Destilación pura de la globalización.

Descubrimiento de la verdadera solidaridad o la falta de ella.

Contagio que hace el bicho saltando de persona en persona, pero a nivel mundo.



Pangolín:

Acusado de originar el bicho. Luego parece que no.

Papel higiénico:

Producto de primerísima necesidad de lujo y que da tranquilidad en tiempos de pandemia.

La limpieza en el “ojo” del huracán de la pandemia.

Santo grial.

Parques infantiles:

Áreas añoradas por niños en paseos limitados.

Paseos:

Lo que hacemos con ansia al salir del confinamiento.

Pasillo:

Bidegorri.

Pasillo doméstico:

Circuito solitario sin gradas.

Pedro Sanchez:

“Hay que…”

Peluquería:

Lugar al que vamos con estos pelos, socorro, por favor.

Perro:

Mi Salvavidas.

Animal más explotado en la pandemia.

Playa:

Paraíso.

Política:

Lo que debía solucionar el problema, pero lo ha hecho mal.

Puerta:

Obertura al desconcierto. Objeto que miramos con pasión para abrir, salir y cerrar detrás.

Red social:

Las redes, ya se sabe, unas veces te salvan de la caída y otras te atrapan.

Residencias de ancianos:

Núcleo de personas olvidadas y prescindibles.

Resiliencia:

Capacidad de superar una crisis y adaptarse a lo que queda después.

Santísima Trinidad:

Teléfono, televisor, ordenador.

Sector esencial:

Como dice su nombre, es la esencia de la sociedad. Sin él no queda nada.

Servicios asistenciales:

Abnegación.

Servicios sanitarios:

Sacrificio.

Entrega.

Skype:

Software que permite que la gente se comunique, muy usado en crisis.

Solidaridad:

Actitud de apoyo a personas en problemas.

Supermercado:

Tiempo de máscaras.

Teletrabajo:

Mundo mágico que evidencia que parte importante del PIB está en el aire o en un cable.

Cosa inventada para trabajar, aunque no puedas ir a tu trabajo.

Terraza:

Atalaya urbana.

Test:

Examen que se ha hecho a las personas para saber si eran enfermos.

Tos:

Síntoma de que puedes estar contagiado por la epidemia.

Trabajador de supermercado:

Persona que muchos no ven.

Triaje:

Descarte mortal fruto de la necesidad vital. Protocolo para saber en qué grado estás contagiado.

Turistas:

Especie desaparecida en la pandemia, por potencial transmisora.

Unión Europea:

Cooperativa en la que somos socios, pero nos tratan como servidores.

Urkullu:

La cogobernanza

Vecino:

Amistad reciente.

Ventana:

Lugar desde el que esconden los chivatos.

Tapas del libro del mundo.

Viajar:

Lo que no se ha podido hacer, me ha jorobado dos viajes esta pandemia.

Video Llamada:

Abrazo al vacío.

Cosa que hemos utilizado para poder ver la cara a nuestros familiares.

Vigilancia:

Lo que hace la policía para hacer cumplir la ley y algunos vecinos.

Virus:

Ser colonizador en busca de nuevos territorios, que busca perpetuarse en planetas humanos.

Lo que era el bicho antes de llamarse Covid-19.

Zapatillas:

El calzado de moda.

Zoom:

Las telellamadas que de pequeña imaginaba que haríamos cuando viviésemos en el espacio.

@Ponywave